

UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

Cartas de una peruana (1747): la figura de la narradora como una construcción de la sujeto femenino en los discursos de la Ilustración olvidada

Informe de Seminario de Grado: La Ilustración europea: el racionalismo de las letras en el siglo XVIII
para optar al grado de licenciada en lengua y literatura hispánica

Autora:

Daniela Leyton Rebolledo

Profesor Guía: Rolando Carrasco M.

Santiago, Diciembre 2007

Agradecimientos .	1
Introducción .	3
Capítulo I: La mujer en el Siglo de las Luces: una contextualización histórico-social . .	7
1. La Ilustración: los discursos dominantes y marginados del siglo XVIII .	7
1.1 La Ilustración olvidada: . .	10
2. La sexualidad femenina: ¿sólo úteros andantes? . .	11
3. La educación . .	12
4. La concepción de sujeto. La mujer ¿objeto o sujeto del pensamiento ilustrado?	14
. .	14
Capítulo II: Discursos femeninos desde voces femeninas .	19
Consideraciones preliminares . .	19
1. La creación literaria: lo dicho por las voces silenciadas. Análisis de <i>Cartas de una peruana</i> .	21
1.1 Conciencia de la lengua del ‘otro’ en <i>Cartas de una peruana</i>: .	22
1.2 Una crítica social. La perspectiva de la mujer como configuración genérica: . .	25
Conclusiones .	33
Bibliografía .	37
Teoría Literaria .	37
Ilustración .	37
Mujeres en la Ilustración . .	38
Feminismo . .	39
Género Epistolar . .	39
Recepción de las letras peruanas . .	39
Apéndice .	41

Agradecimientos

En unas cuantas líneas quisiera agradecer a toda mi familia por su eterno apoyo, compañía y amor a lo largo del desarrollo de la presente tesina como en estos cuatro años de la carrera. A mi papá, Luis Leyton, por su esfuerzo, constancia y perseverancia para poder ayudarme a realizar mi sueño; a mi mamá, Paola Rebolledo, por su infinito apoyo y la capacidad de escucharme cuando lo necesitaba. A mis hermanos Cristián, Camila y en especial a Martín por su eterna alegría.

Por otro lado, quisiera agradecer a mis amigos y amigas por darme palabras de aliento e incentivarme a continuar con la bella y ardua labor de este, mi trabajo final. Gracias a Paula S., Camila M., Juan Pablo C., Pastora C., Pablo B., Miguel P., Patricia N. No puedo dejar de mencionar a mis compañeros de Seminario de Grado, por los vínculos que hemos generado a lo largo de este año y por la empresa que desarrollamos juntos: Víctor Q. (Yuri), Carolina V., Pablo F. y Paulina M. Y sobre todo a Rolando Carrasco, nuestro profesor guía, por el compromiso adquirido con nosotros y el haber sabido acompañarnos y aconsejarnos en todo momento de este año.

Por último, y de manera especial a Daniel Sierra: gracias por el amor entregado a lo largo de estos años, por los consejos brindados, por la compañía constante, por la infinita ayuda y comprensión; en fin, gracias por estar siempre conmigo.

A todos ustedes está dedicado mi trabajo.

Introducción

El presente informe de seminario de grado se instala en el contexto de la Ilustración europea, específicamente, en Francia. Desde este punto se inicia una travesía, la cual oscila entre dos aspectos esenciales, por un lado, la centralidad y, por otro, la marginalidad para poder dar a conocer que la Ilustración, como un fenómeno histórico cultural, pero por sobre todo discursivo, se erige desde un dialogismo y de la conjugación de las diferentes voces que pululan en dicha sociedad. Ver a la Ilustración europea desde estos parámetros, implica comprenderla desde la inclusión discursiva y esto, a su vez, permite considerar a este proceso de manera integral.

En el primer capítulo, para poder dar cuenta del dialogismo -entre las voces dominantes y las marginadas-, se ha llevado a cabo el desarrollo de la Ilustración desde dos áreas: la primera, se funda en los patrones académicamente reconocidos a lo largo de la historia, lo cual responde al factor de la centralidad y, la segunda, caracteriza a la Ilustración desde las voces relegadas y olvidadas por los patrones anteriormente citados, lo cual da cuenta de la marginalidad. De esta manera, se desprende que no se está ante una sola forma de comprender a la Ilustración, si no que ésta se debe entender desde dos perspectivas. Por una parte, está lo que se denominará “Ilustración canónica” y, por otra parte, la “Ilustración olvidada”.

Es así que en dicho capítulo, las descripciones y problematizaciones se van configurando en torno a las voces acalladas de esta época, con el fin de poder dar cuenta que la Ilustración no se establece sólo desde pensadores como Rousseau, Voltaire o Montesquieu -para nombrar sólo las figuras más representativas de dicho movimiento-, si

no que fue un proceso mucho más complejo e íntegro que aquello. De esta forma, este primer capítulo se enfoca en las voces propias de la “Ilustración olvidada”, es decir, las voces femeninas.

Si bien es cierto, que no se pueden establecer generalizaciones en las diferentes épocas de la historia universal occidental, en este caso, es necesario señalar que a lo largo del presente informe se determinó que las voces predominantes en la Ilustración, corresponden a los hombres y, las voces marginadas, a las mujeres. Ésta es una división tajante, pero no arbitraria. Desde las bases de estudios históricos, sociológicos y filosóficos, de autores como Georges Duby y Michelle Perrot (1993), Michel Vovelle (1995), Julio Seoane (1999) y una infinidad de autores y autoras presentes en el texto de Duby y Perrot (*Historia de las mujeres en Occidente*, 1993) se demuestra que en el siglo XVIII, la mujer está relegada de la vida pública y sólo debe circunscribirse a la vida privada. Es de esta manera, que las mujeres en el Siglo de las Luces, al estar fuera de la vida pública, son consideradas como un objeto de estudio, ya que se las reconoce como seres diferentes, desiguales de los hombres y dependientes de éstos, de tal forma que estos últimos configuran una imagen de la mujer desde su perspectiva, la que ocupa el centro de los discursos ilustrados.

De acuerdo a estos parámetros, se ha desarrollado una contextualización histórico-cultural de la situación de la mujer en el siglo XVIII, con el fin de poder caracterizar que ésta circula en torno a un discurso patriarcalmente determinado. Es así como, para dar cuenta de dicha circunscripción, este estudio ha considerado -para este caso- tres áreas relevantes: la sexualidad, la educación y la concepción de sujeto.

Cada una de estas áreas se despliega de manera colindante a las demás, ya que, en primera instancia, la mujer es definida desde su sexualidad por el discurso dominante del siglo XVIII, lo cual la sitúa en una condición de inferioridad cuando lo que profesaban los filósofos ilustrados era la supremacía de la razón por sobre todas las cosas, como rasgo constituyente del hombre (entiéndase éste en sentido genérico). En una segunda instancia, la educación se perfila como la posibilidad de las mujeres de salir de ese estado de “minoría de edad” que la caracteriza -por no poseer el mismo tipo de razón que sus pares masculinos- y, con ello, darse a conocer en la vida pública e instruirse en la razón ilustrada. En último lugar, la concepción de sujeto es trascendental, ya que da cuenta de los esfuerzos de las mujeres por establecerse como sujetos históricos, capaces de razonar y ser parte del ideal ilustrado: la razón le permite a los Hombres¹ acceder a la mayoría de edad para poder así avanzar en la conquista de la felicidad.

Esta intención de las mujeres por inscribirse dentro de la historia como sujetos se observa en las manifestaciones literarias de la época, sea tanto desde figuras masculinas (Poullain de la Barre², por ejemplo) como de figuras femeninas. Para poder representar este proceso, el presente informe de seminario se plantea por objetivo determinar la configuración de la sujeto femenino desde la escritura de mujeres y, de esta manera, evidenciar que la construcción de sujeto (femenino en este caso) es una construcción de

¹ Se utiliza “Hombres” y no “hombres”, ya que este estudio da cuenta de que esta última nominación porta un significado genérico en la mayoría de los textos de la Ilustración. Por lo tanto, la primera consideración -con mayúscula- busca dar cuenta de los hombres, en cuanto a humanidad, es decir, considerando tanto a mujeres como a sus pares masculinos.

perspectiva. Es decir, al construirse las mujeres desde la inscripción del ser sujetos se comprueba que se presenta una nueva manera de percibir y reflexionar, aunque más bien, se debe señalar que se devela una realidad silenciada.

Es a raíz de lo presentado anteriormente que se pretende estudiar aquellas voces silenciadas desde las mismas construcciones literarias que ellas generaron a lo largo de la dominación del discurso patriarcal. La autora de la obra a trabajar en la perspectiva crítico-literaria de este informe es Mme. de Grafigny (1695-1758), ilustrada que circulaba por los sectores intelectuales del Siglo de las Luces, codeándose con filósofos de la talla de Voltaire.

Las obras de Mme. de Grafigny buscaban problematizar tanto las desigualdades entre diferentes culturas, como dar cuenta de la situación de la mujer francesa en la sociedad del siglo XVIII. Por ello es que la obra a analizar, *Cartas de una peruana* (1747), fue escogida, ya que permitirá trabajar desde dos áreas. La primera de ellas está vinculada con el *género epistolar*, lo cual posibilitará la entrada al mundo de la intimidad, de la privacidad; espacio que es asignado por el discurso masculino. Lo interesante de esta perspectiva es que si bien, de alguna manera este género se limita a un espacio determinado por los hombres, y que, por ende, simbolizaría la perpetuación de dicho mandato, resulta atractivo evidenciar que las voces femeninas transgreden al discurso imperante desde el mismo espacio al que las remiten. La segunda área se relaciona con el *feminismo*, en la medida que al investigar la construcción del (la) sujeto femenino desde estas mismas voces, se está en búsqueda de la identidad femenina en tanto sujeto histórico-social, la cual -como han mencionado Cristina Molina Petit (1994) y Celia Amorós (1997), entre otras- ya poseería sus cimientos estables en la Ilustración.

Es alrededor de las dos áreas mencionadas y la sumatoria de un tercer aspecto, los que configurarían la hipótesis central de la presente tesina. De esta manera, el discurso patriarcal dominante del Siglo de las Luces daría cuenta de una perspectiva del (la) sujeto femenino diferente a la de los discursos matriarcales marginales, y a su vez, esta construcción de perspectiva refleja una visión de mundo determinada, la cual no congenia con la perspectiva entregada por los discursos femeninos marginados. Es así como, por medio de la narradora de *Cartas de una peruana* y del género epistolar utilizado, se evidencia, por una parte, el quiebre de aquellos patrones dominantes; y por otra parte, se realiza una crítica al modelo europeo ilustrado. Sin embargo, ello no podría realizarse sin la consideración del exotismo presente en la concepción del viaje.

En pocas palabras, la obra de Grafigny cuenta la historia de amor entre una esclava peruana y un príncipe inca, quienes se encuentran separados por la conquista de los españoles en el Imperio inca. La esclava peruana, Zilia, le escribe a su amado Aza diversas cartas, las cuales se manifiestan por medio de dos lenguas: la peruana, expresada en quipus y en francés (idioma aprendido en Francia). Lo interesante de estas cartas es que sólo las primeras diecisiete están escritas en quipus, y ello va revelando una primera etapa de desconocimiento de Zilia en relación a lo que sucede en su nuevo

² Filósofo cartesiano del siglo XVII, pero que su obra repercute directamente en el siglo siguiente. Este filósofo iguala a hombres y mujeres por medio de la posesión de la razón, ya que ésta es la que definiría la pertenencia a la especie humana. De esta manera, rompe con las consideraciones ilustradas que vinculan a la mujer con la naturaleza y al hombre con la razón.

entorno –desde su captura, su viaje y su estancia en Francia-. Por otro lado, las últimas veintitrés cartas van configurando una segunda etapa marcada por el conocimiento del mundo que la rodea y de sí misma, a través de la adquisición de la lengua del país que la cobija. Es importante mencionar que esta etapa se inicia, únicamente, porque Zilia ya no poseía las cuerdas, los nudos para escribirle a Aza.

Estas cartas proveen dos rasgos trascendentales. Por una parte, es a partir de la percepción de la viajera y del viaje que se evidencia la diferencia cultural entre la sociedad europea y la inca -material que extrajo Mme. de Grafigny de las obras del Inca Garcilaso ³ (*Comentarios reales*, 1609-1616)-, por medio de las reiteradas comparaciones realizadas por la narradora. Por otra parte, permitirán dar cuenta de la constitución de un sujeto femenino, a través de la narración amorosa hecha por la esclava, cuyos mecanismos y conclusiones serán expuestos a lo largo del segundo capítulo.

De esta manera, el punto central es determinar cómo se van conjugando ambos aspectos anteriormente mencionados; es decir, cómo la voz narrativa se va constituyendo como un personaje pasional y, a su vez, racional, de tal forma que va estableciendo una crítica particular acerca de la sociedad ilustrada francesa y de la manera en que ésta caracteriza a las mujeres, a través de las comparaciones entre Francia y Perú, sustentándose esto en las concepciones teóricas del viaje y del exotismo. De acuerdo a esto, la presente obra permite señalar que la Ilustración es el centro de un continuo diálogo y debate entre voces que poseen el poder y otras que pululan en torno a éstas buscando inscribirse como sujetos, más allá de las presuposiciones que las primeras tengan de estas.

³ Según Estuardo Núñez, la recepción de las fuentes americanistas y en particular las obras del Inca Garcilaso en Europa ha sido uno de los factores trascendentales en las construcciones discursivas del siglo XVIII, pues ello permitía generar críticas dentro de la misma sociedad ilustrada.

Capítulo I: La mujer en el Siglo de las Luces: una contextualización histórico-social

1. La Ilustración: los discursos dominantes y marginados del siglo XVIII

La Ilustración europea, como una etapa histórico-cultural, es concebida dentro de parámetros bastante restringidos, académicamente hablando. Me refiero a que las concepciones del movimiento ilustrado están enraizadas en figuras representativas, tales como Montesquieu, Rousseau, Diderot, D'Alembert o Voltaire, entre otros. Sin embargo, se puede apreciar que como un movimiento literario circunscrito al siglo XVIII, se presenta una polifonía, es decir, un dialogismo ⁴, el cual se da entre discursos disidentes o marginales y discursos autoritarios y tradicionales. Este dialogismo se da entre dos polos, los cuales son necesarios de distinguir a la hora de precisar con mayor claridad este período.

Por una parte, la Ilustración como un movimiento cultural académicamente aceptado, circula en torno a *voces masculinas*, las cuales son el reflejo del discurso autoritario

característico del siglo XVIII. Esto se debe, básicamente, a los principios que pregonaba dicho movimiento, los que se expresan y sintetizan con claridad en las palabras de Emmanuel Kant (“¿Qué es la Ilustración?”): “*Sapere aude!*”. Atreverse a saber significa salir de la incapacidad del *hombre* de valerse por sí mismo, valerse de su propia inteligencia sin la ayuda de otro; es decir, que por medio del uso de la razón el hombre accedería a su mayoría de edad. En esta medida, la proclama esencial de la Ilustración da cuenta de uno de sus rasgos distintivos, me refiero a la razón, a la que se unen, el progreso, la libertad y la felicidad, es decir, la primera de éstas le permite al hombre acceder a la mayoría de edad para poder así progresar en la libertad hacia la felicidad.

Es así como uno de los aspectos importantes dentro del Siglo de las Luces es que los ejes estructurales que determinan el quehacer ilustrado confluyen en un motor central: el *hombre*. Concepto donde, según Eduardo Bello (1997), el pensamiento ilustrado libra sus más arduas batallas, ya que más allá de una nominación, la palabra “hombre” -expuesta en la mayoría de los textos del siglo XVIII-, esconde un sentido genérico. Lejos de referirse al ser humano, estos textos apuntan al hombre en su género masculino, o sea, son ellos los que acceden a la mayoría de edad, por ser los únicos portadores de la razón.

Estas características son las que Julio Seoane (1999) denomina propias de una Ilustración ortodoxa, es decir, aquellas que aparecen en el discurso académico tradicional. Por lo tanto, se puede hablar de una *Ilustración canónica*, donde uno de los rasgos primordiales es representar las voces dominantes de un discurso patriarcalmente determinado y, por ende, reconocido y recordado, tanto por los eruditos pertenecientes a la academia como por la sociedad que se nutre de los aportes intelectuales entregados por los primeros.

Por otra parte, el segundo de los polos remite a las *voces femeninas*, las cuales circulan en torno a aquel discurso canónico, lo que termina por caracterizarlas como un discurso marginal, acallado, olvidado y desconocido. La mujer se situaba desde la marginalidad, desde la pasividad, lo cual queda claramente expresado por Michel Vovelle en la introducción a su texto *El hombre de la Ilustración* (1995), donde establece una

⁴ Para poder comprender con mayor precisión estas conceptualizaciones de Mijail Bajtin me remitiré al estudio de Iris Zavala acerca de dicho teórico. Según la estudiosa, el enfoque del autor ruso es totalizador en la medida que es un entretrejo de relaciones, las cuales plantean el papel activo del *otro* dentro de la comunicación discursiva. A partir de este principio básico se erige el concepto acá utilizado: dialogismo. La dialogía, en primera instancia, establece la relación entre enunciados o “voces” sean individuales o colectivos y, en este sentido, pone en relieve la “pluralidad” y la “alteridad”. En cuanto configura aquello se opone a la “voz” monoestilística y monológica que impone la norma, la autoridad, el discurso del poder: captar la dialogía significa desafiar al lenguaje único. De esta manera, Bajtin concibe que las voces viven en contigüidad, pero sin fusión, de tal forma que se pueden percibir directamente en un mismo contexto. Esto lleva a la consideración esencial que tanto la voz propia como la ajena son de igual valor en la comunicación discursiva; es decir, tanto el discurso individual como el literario representan un proceso de asimilación de palabras ajenas, ecos y reflejos de otros enunciados, los cuales se relacionan o se integran en la comunidad por medio del intercambio discursivo. Por lo tanto, la concepción de dialogismo, establece una comunicación entre los sujetos históricos -en este caso, entre las voces masculinas y femeninas- y sus discursos, de tal manera, que ninguno de ellos es contemplado subalternamente en relación con el otro, sino que ambos se entrecruzan y complementan desde la inclusión de la alteridad.

jerarquización de la sociedad del siglo XVIII basado en los roles que los individuos cumplen dentro de la misma. En dicha categorización ⁵ se puede apreciar que la mujer posee un rol completamente diferente al de sus pares masculinos, de tal manera que se puede señalar que la mujer era parte de una *Ilustración olvidada*:

[La mujer] ocupa una posición ambigua: experimenta un ascenso que hace de ella la reina de los salones filosóficos y el objeto de una atención reforzada y a la vez inquieta, pero que la mantiene [...] en una situación de dependencia de la que todavía tardará mucho en emanciparse (Vovelle 26).

Desde este punto resulta interesante observar que Dominique Godineau, en su artículo “La mujer” (Vovelle 395-428), plantea que el siglo XVIII fue el siglo de la mujer. Sin embargo, esta aseveración es tal en cuanto apunta a que la mujer fue el objeto de los discursos patriarcales: son hombres los que pretendían estudiarla desde diversas características y dar respuestas a sus inquietudes desde su perspectiva. En esta medida, no daban cuenta de ella, sino que de una idealidad:

Los personajes femeninos no sólo abundan en la escena pública o literaria, sino que, además, la mujer ocupa el centro de una plétora de obras en las que filósofos, médicos y escritores se preguntan por su fisiología, su razón, su educación, su función social. [...] el siglo de las luces es, en efecto, el de la mujer. Pero de una mujer que continúa siendo subordinada, menor de edad (Godineau 397).

Godineau señala dos aspectos en cuanto a la situación de la mujer en el Siglo de las Luces, que es imprescindible destacar. Por una parte, la mujer en dicho siglo está condicionada a la *subordinación*, respecto al hombre, en cuanto depende de éste -ya sea social y económicamente- y, en este sentido, adquiere su identidad desde la relación con sus pares masculinos, es decir, desde el “otro”. Y, por otro lado, la mujer es caracterizada por su *minoría de edad*, o sea, se define en primer término como carente de razón y, a su vez, depende jurídicamente de los hombres ⁶.

De esta manera, la Ilustración europea presenta este doble movimiento discursivo, el cual comprende las consideraciones de una Ilustración canónica y otra olvidada, las que responden a lo que Bajtin denomina el *dialogismo* en la historia de la literatura occidental. Por una parte, se tienen las palabras de un discurso hegemónico, que habla continuamente desde un yo autoritario y, por otra parte, se encuentran las palabras ajenas que hablan desde un otro. Es de esta manera, que el dialogismo se plantea como un movimiento interactivo, es decir, aquel donde confluyen tanto las voces dominantes, como las marginadas. Por lo tanto, el Siglo de las Luces, puede comprenderse desde esta dialéctica discursiva, en donde coexisten las voces masculinas, como las portadoras del discurso canónico y recordado y, las voces femeninas, como aquellas olvidadas y

⁵ En primer lugar, sitúa a los actores (el guerrero, el noble o el empresario), en segundo lugar, a los portavoces (el hombre de letras, el artista o el explorador), en tercer lugar, sitúa a los intermediarios culturales (el funcionario y el sacerdote) y, en último lugar, a la mujer.

⁶ Desde este rasgo se abre otra perspectiva interesante de estudiar, la cual se relaciona con lo planteado por Olympe de Gouges en su *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* (1791), donde busca dar cuenta del problema civil y político del Siglo de las Luces, donde las mujeres no poseían voz ni voto en estos temas.

marginadas.

1.1 La Ilustración olvidada:

Tal como mencionan Julio Seoane (1999) y Alicia Puleo (1993), existen en el Siglo de las Luces dos formas de comprender y acercarse al pensamiento ilustrado. Por una parte, Seoane opone una Ilustración ortodoxa a una heterodoxa, destacando que la historia de una cultura heterodoxa no se cuenta, simplemente porque no es concebida como tal y, por ende, es susceptible de olvidarse. Mientras que Puleo, plantea caracterizar a esas voces femeninas silenciadas, ya sea por medio de escritos de mujeres y de hombres: es decir, busca hablar de la sujeto femenino como tema de los discursos del siglo XVIII y, a su vez, desde una reivindicación a partir de ellas mismas ⁷.

Es así como el concepto de “Ilustración olvidada” surge en torno a una dialéctica discursiva, en la cual la historia de los vencidos(as), tal como señala Seoane, no se concibe como tal y, por ende, es olvidada e ignorada por un discurso hegemónico, característico de la academia. Para Cristina Molina (1994), las voces femeninas representan el fragmento del siglo XVIII, al cual no iluminaron dichas luces, lo que responde a lo dicho por Adrienne Rich -citada por Celia Amorós en la presentación del texto de Puleo-: “Toda la historia de la lucha por la autodeterminación de las mujeres ha sido ocultada una y otra vez” (Puleo 7). Junto con estas características de la Ilustración olvidada, la estudiosa entra en una dimensión feminista, en cuanto se pretende establecer un paralelo entre la Ilustración y el surgimiento de la configuración de una conciencia feminista.

De esta manera, la Ilustración europea debe entenderse desde este doble movimiento discursivo mencionado anteriormente. La finalidad de esta integración es leer a estos autores y autoras olvidados(as) de la Ilustración: “rescatarlos del olvido y leerlos junto a los que han sido padres del pensamiento moderno [...] reconocer, en nuestra modernidad, un origen bastante más rico y multiforme” (Seoane 18). Este es el principal aporte de Seoane, a saber, concebir a la Ilustración como un diálogo que, como tal, presenta voces dominantes y otras subversivas; cada una de ellas con un acento y tono particular, pero a fin de cuentas, todas hablan el mismo idioma, el de la modernidad ilustrada.

Es así como para poder comprender a la Ilustración europea como un movimiento histórico-social, hay que hacer interactuar, hay que hacer hablar a las voces recordadas y a las olvidadas. He ahí, el mayor alcance de esta investigación, ya que al sacar a la luz las voces silenciadas se está dando cuenta de la variedad y de la complejidad del movimiento ilustrado, desde la inclusión y la exclusión discursiva. Es desde este aspecto que hay que comprender la polifonía, es decir, en primera instancia, existe un discurso dominante, el cual relega a las voces femeninas, configurando así la exclusión discursiva.

⁷ Por una parte, Seoane plantea la idea de ambos “tipos” de Ilustración, con la finalidad de dar a conocer que dicho siglo fue portador de un movimiento mucho más íntegro y multiforme que lo dado a conocer por la Academia y éste es su planteamiento principal. Por otra parte, Puleo dentro de su inscripción en los estudios feministas, señala que en la Ilustración surge la semilla del feminismo y, por ello, su texto busca dar cuenta de aquellas voces y su manera de concebir su entorno social.

Sin embargo, lo que interesa es considerar tanto a las voces dominantes como a las subordinadas en el Siglo de las Luces, de tal manera que se debe hablar de la inclusión discursiva. Por lo tanto, la polifonía debe entenderse desde la inclusión y, para ello, concebir previamente a la exclusión.

2. La sexualidad femenina: ¿sólo úteros andantes?

Ya se ha establecido que la Ilustración posee una dialéctica discursiva, sin embargo, a pesar de esta distinción binaria, existen voces que deambulan entre estos dos polos y que, de esta manera, pretenden establecer la igualdad de los sexos. El debate acerca de este tema, el cual se va erigiendo, tanto desde el tópico de la fisiología como de la filosofía, tiene larga data, pero adquiere un matiz importante en el siglo XVIII. A pesar de que este debate posee características misóginas, existieron figuras masculinas que apelaban a la igualdad de los sexos. Ya a finales del siglo XVII y principios del XVIII se presenta la figura de Poullain de la Barre⁸ (*De la igualdad de los sexos*, 1673), filósofo cartesiano quien iguala a hombres y mujeres por medio de la posesión de la razón, pues ésta es la que definiría la pertenencia a la especie humana.

La mujer, en el discurso filosófico-educativo imperante del Siglo de las Luces -representado en el Libro V de *Emilio o de la Educación* (1990) de Rousseau-, es considerada como la mitad del género humano y se sitúa desde la diferencia, es decir, se *circunscribe* al ámbito de la naturaleza y, por ende, estaría determinada por su sexo. A diferencia del hombre, el cual se *inscribe* en la cultura y, por ello está determinado por la razón. Estos aspectos son trascendentales, ya que permiten establecer que si bien la mujer es la mitad del género humano, este término va más allá de consideraciones cuantitativas: “El término mitad debe entenderse más bien en un sentido funcional: la mujer contribuye a la reproducción de la especie, es esposa y madre, hija y hermana” (Crampe-Casnabet 75). Este es el rol de la mujer en la sociedad ilustrada.

Con respecto a este aspecto, Sara F. Matthewsgrico (1993) señala que entre los años 1500 y 1700, el sexo estuvo sometido a una ola de represión ejercida por el Estado y la Iglesia con el fin de modelar el comportamiento moral de la sociedad. Esta ola generó que se establecieran nuevas actitudes del cuerpo y nuevas reglas de comportamiento, lo cual dio lugar a una promoción de la castidad y timidez en todas las áreas de la vida diaria y, sin lugar a dudas, fueron las mujeres las víctimas de esta nueva moralidad, en la medida en que el espacio asignado a ellas era el privado⁹.

De esta manera, la circunscripción de la mujer al ámbito de la naturaleza y al sexo fue avalada por uno de los discursos más activos de esta época, me refiero a los planteamientos científicos y médicos, los cuales permitieron identificar a la mujer como “varones imperfectos” o “úteros andantes”, es decir, priorizan una percepción galénica: lo

⁸ Cfr. Dominique Godineau (1995) y Celia Amorós (1997).

⁹ Lo público y lo privado se tratará con detención en el apartado número cuatro.

femenino se encierra en la especificidad del útero y esto determinaría a la mujer como imperfecta e incompleta. Es así como la mujer está determinada por su sexo y, por ello no puede poseer el mismo tipo de razón que el hombre y es, precisamente, dicha determinación la que dotaría a la mujer de debilidad e inferioridad.

Cristina Molina (1994) señala que Sherry Ortner en su artículo “¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?” menciona que la subordinación de la mujer, a lo largo de la historia occidental, se debe a su identificación con la naturaleza, la cual en la Ilustración, según la autora, se entiende desde lo salvaje y lo doméstico. Por otra parte, para Rousseau la naturaleza era un estadio prepolítico, es decir, es una etapa que antecede a la aparición del ciudadano como hombre racional. De esta manera, concebir a la naturaleza como un estado anterior es determinarla en “el reino de la necesidad y de la desigualdad originada por la satisfacción egoísta de las necesidades primarias y de las pasiones”(Molina 118).

Es así como el discurso hegemónico del Siglo de las Luces plantea una desigualdad entre hombres y mujeres, la cual puede determinarse desde la oposición cultura/naturaleza. Para los filósofos y científicos ilustrados, la mujer se definía desde su sexo y, por ende, por la naturaleza; mientras que, por otra parte, el hombre se definía por el uso de su razón, es decir, por la cultura. Estas consideraciones se relacionan directamente con lo expuesto por Kant y permiten vislumbrar el doble discurso que posee la Ilustración: el uso libre de la razón, permite salir de la minoría de edad; sin embargo, la mujer se caracteriza por poseer la pasión y no la razón, por lo tanto, vive en una eterna minoría de edad: “El discurso dominante de los filósofos ilustrados procede como si en la naturaleza femenina el proceso genético de los conocimientos que lleva al advenimiento del pensamiento abstracto hubiera quedado congelado”(Crampe-Casnabet 90).

De esta manera, volviendo y ejemplificando con Poullain de la Barre, el postulado de éste actúa durante el siglo XVIII como un correlato, lo cual da cuenta de la ruptura de las consideraciones ilustradas que vinculan a la mujer con la naturaleza, el instinto y al hombre con la cultura, la razón. La semilla de su aporte permite esclarecer con mayor precisión cuál era el lugar que poseía la mujer durante los siglos XVII y XVIII y, a raíz de esto, establecer una oposición trascendental a la hora de caracterizar a hombres y mujeres.

3. La educación

A raíz de las diferencias entre hombres y mujeres en el siglo XVIII, que surgen por medio de prejuicios biológicos –los cuales desembocan en consideraciones sociales, políticas e intelectuales- se da cuenta de la intención y de la ejecución, por parte de las mujeres¹⁰, de *inscribirse* como sujetos históricos a través de su propio accionar. Este movimiento es llevado a cabo desde diversas perspectivas discursivas, las cuales no hubiesen podido realizarse sin la relevancia del ideal ilustrado de la *educación* -ideal que se encuentra íntimamente ligado con la concepción de la Ilustración olvidada-.

Si bien es cierto que la Ilustración se guiaba por el ideal de la educación y entre los siglos XVI y XVIII las aspiraciones educativas progresan, aún no se admite la igualdad de las inteligencias y de las funciones femeninas y masculinas, sino hasta finales del siglo XVIII, en donde se admite la necesidad de reformar la educación femenina. Una vez admitido dicho requerimiento, surge el debate de la comunidad ilustrada sobre cuál debe ser el sitio donde ha de llevarse a cabo dicha instrucción, es decir, la casa o una institución. Las principales instituciones eran los conventos o las escuelas de caridad; la primera de ellas estaba enfocada para las niñas de clase alta, en donde se imparte una enseñanza bastante tradicional. Mientras que la segunda de ellas se dirige a las niñas de la clase baja, donde se busca hacer de ellas buenas madres de familias cristianas. Sin embargo, a finales del siglo XVII personalidades femeninas aristocráticas fundan y propagan instituciones que pretenden darle a las niñas una educación enfocada en ámbitos diferentes a los comúnmente acudidos, a saber: una religión moralista, lectura-escritura-cálculo y el manejo del hilo y la aguja. Algunas de estas mujeres son: Mary Ward, Jeanne de Lestonnac (sobrina de Montaigne), Louise de Marillac, Acarie Sainte-Beuve, entre otras ¹¹.

De acuerdo a las dos formas de enseñanza, el siglo XVIII es partidario de la educación familiar. Sin embargo, como esta educación depende de medios privilegiados (clases con fortuna), es necesario que un sistema de educación pública palie las deficiencias de los padres. Es decir, hay que reforzar instituciones educacionales, sobre todo para aquellos que son parte de un sector social desprotegido económica y culturalmente. En relación a esto, Martine Sonnet señala que Rousseau, en su Libro V del *Emilio o de la Educación*, considera que la educación que debe adquirir la mujer es exclusivamente doméstica y, en este sentido, relativa a los hombres: debe complacerlos, serles útiles, debe hacerles agradable y dulce la vida (138).

Uno de los pocos lugares donde la mujer se podía instruir era en los *salones*, sitio donde se difunden y se conversan las ideas del pensamiento ilustrado, pero, si bien las mujeres se instalaban en este espacio, no poseían el poder intelectual. En este sentido, las mujeres se hacían parte de los salones, porque en ellos ven la posibilidad de aprender aquello de lo que la había privado la familia, la escuela y el convento; es así como estos espacios son eminentemente pedagógicos, tanto para las mujeres como para los hombres.

Claude Dulong (1993) señala que la real importancia de los salones es que en éstos se genera una primera etapa de *conversación*, la cual se configuraría como la antesala

¹⁰ Para no caer en el misma idealidad del discurso dominante, respecto a la figura de la mujer, hay que mencionar que al establecer el término "mujeres" se debe entender a éste desde distinciones sociales, etáricas y culturales, es decir, no existía un solo tipo de mujer, si no que ellas se diferenciaban unas de otras. Para poder ahondar aún más en torno a este aspecto resultan esclarecedoras las obras de D. Godineau quien establece una oposición básica entre las mujeres trabajadoras y las mujeres de la cultura. Por otro lado, se encuentran diversos autores presentes en el tomo VI de la obra de Duby y Perrot, quienes establecen diversos tipos de mujeres: la mujer de salón, la periodista, la bruja, la amotinada y la criminal.

¹¹ Ver: Sonnet, Martine. "La educación de una joven". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo V. Del Renacimiento a la Edad Moderna: Los trabajos y los días. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 129-165.

para que luego las mujeres pudiesen crear, es decir, escribir y manifestar sus ideas. Y este espacio es trascendental, ya que el hecho de negarle la palabra a la mujer en el Siglo de las Luces es negarle la capacidad de razonar y eso significa concebirla como menor de edad: una *infans* incapaz de articular palabras para poder comunicarse.

Alicia H. Puleo señala que la educación en la Ilustración actúa como una fuerza transformadora de la sociedad y de las relaciones entre los sexos y, en este aspecto, la recopilación de textos que se presenta es vital, ya que -como se ha dicho- la educación fue uno de los temas a debatir en el Siglo de las Luces, pues era el primer paso para integrar a las mujeres al mundo de la razón, lugar dominado por los hombres. De esta manera, la educación comienza a perfilar los primeros pasos para que la mujer se sitúe en los dominios de la razón ilustrada.

Sin embargo, estos rasgos no son revelados por la historia oficial, es decir, no se conocen en el discurso canónico del pensamiento ilustrado las voces femeninas que se van constituyendo en torno al mismo. Y este ocultamiento se debe a que a lo largo de la historia se han silenciado voces que pueden transgredir un discurso imperante.

4. La concepción de sujeto. La mujer ¿objeto o sujeto del pensamiento ilustrado?

A lo largo de lo presentado anteriormente, las(os) autoras(es) citados han sostenido que la mujer se sitúa en una condición de subordinación, respecto al hombre, en la medida que depende de éste y, en este sentido, adquiere su identidad desde la relación con sus pares masculinos. Si bien, dicha situación es tal en la época moderna, Duby y Perrot (1993) señalan que la realidad entre hombres y mujeres es más compleja que decir que los primeros fueron opresores de las segundas: hay desigualdad, pero también un espacio móvil y tenso en el que las mujeres, ni víctimas ni heroínas, trabajan por miles de medios para ser sujetos de la historia y no objeto.

La inferioridad que es atribuida a las mujeres en el Siglo de las Luces, radica en concebirla y definirla desde su naturaleza, es decir, desde su sexo cuando el principio que regía a esta época era la razón. De esta forma, la mujer es relegada al espacio de la marginalidad como señala Vovelle y, a su vez, es el centro de los discursos masculinos, pero en la medida que buscan explicarla desde su perspectiva y como un objeto de estudio. Este punto es trascendental, ya que hay que ser capaz de descifrar a qué tipo de discurso se enfrenta uno al estudiar a la mujer en el contexto del siglo XVIII, es decir, si se está frente a un discurso masculino o a un discurso femenino disidente, ya que el primero de ellos, concebiría a la mujer como un objeto de estudio y, el segundo, pretendería situar a la mujer como sujeto histórico.

Es así como de estas consideraciones surge un problema esencial: ¿se puede hablar de una configuración de la sujeto femenino en las construcciones discursivas del Siglo de las Luces desde los propios discursos de mujeres? Concebir la dialéctica discursiva como el rasgo primordial de la Ilustración europea, permite situar a las voces femeninas dentro

de la “Ilustración olvidada” para su autodeterminación como sujetos en la historia, ya que es en la “Ilustración canónica” donde las mujeres han sido olvidadas. Alicia Puleo (1993), al igual que Cristina Molina (1994) señalan que es la Ilustración el lugar propicio donde poner en juego las reivindicaciones de la mujer. Por ello, la constitución de las sujetos femeninos, en tanto identidad cultural, va de la mano con la conformación del feminismo, es decir, en el siglo XVIII se hallan las bases para la configuración de una conciencia femenina.

Para poder precisar más el lugar que ocupaba la mujer tanto en la sociedad como en los discursos del siglo XVIII, hay que considerar dos áreas: lo público y lo privado. Por una parte, el espacio público estaba reservado exclusivamente a los hombres: eran ellos los que salían de la casa para trabajar y relacionarse socialmente; mientras que la mujer pertenecía exclusivamente a la vida privada, dedicada a las tareas del hogar: criar a los hijos y responder ante su marido.

Sin embargo, estas divisiones tajantes estaban sujetas a fluctuaciones. Por ejemplo, en las revoluciones populares en Francia, las mujeres caracterizadas como amotinadas poseen una presencia fuerte y relevante en estos movimientos; pero no aparecen en los documentos que dan cuenta de la mayoría de las personas que participaron en dichos sucesos. Es decir, salen del espacio privado al cual son circunscritas para ejercer poder social y generar cambios. Sin embargo, los primeros estudios acerca de estos movimientos populares en Francia, realizados por Albert Soboul, Robert Mandrou e Y. Marie Bercé (Farge 242-258), limitan esta participación a los “motines del pan”, con el fin de preservar del hambre a su familia, es decir, se sigue estableciendo que el rol de las mujeres en la sociedad es ser madres y esposas. Pero, con los estudios sobre la historia de las mujeres, se dio cuenta de que la presencia de las mujeres en los motines de cualquier índole fue relevante y que sólo aumentaba en los “motines del pan”. Es así como lo importante de la presencia de las mujeres en las revueltas es que aquel espacio era considerado como inadmisibles para ellas: “cada sexo tiene sus funciones propias queridas por la naturaleza; las del hombre son públicas; las de la mujer, privadas”(Godineau 402).

A raíz del ejemplo anterior y, si bien, da cuenta de las mujeres populares, se aprecia de igual manera que las mujeres no sólo eran parte de la vida privada, sino que ejercían una notable presencia en la vida pública, sin embargo, ¿es este un parámetro amplio para poder determinar a la mujer como una sujeto histórico desde las mismas voces femeninas? La respuesta es negativa, ya que estas acciones son bastante restringidas y para poder dar una respuesta inclusiva es necesario considerar otras áreas que involucren un acercamiento a la vida pública o, más bien, tomar en cuenta acciones que signifiquen una transgresión a lo dictaminado por la sociedad patriarcal en la que estaban inmersas, tomando en cuenta los mismos patrones filosófico-culturales establecidos por el pensamiento ilustrado. Ya Alicia Puleo permite acceder a una posible respuesta al incluir en su compilación los *Cuadernos de quejas y reclamos*, en los cuales se puede ver la concepción que tenían las mujeres de sí mismas: “Sus exigencias van desde el derecho de representación política directa sin recurso a la procuración hasta un cambio profundo de la moral que implique la desaparición del doble código, permisivo para los varones y restrictivo para las mujeres” (Alicia Puleo 26). Además de dichos cuadernos,

existieron en Francia documentos en los que quedaban expresas las quejas de mujeres que se vieron violentadas sexualmente, los cuales se denominaban “*déclaration de grossesse*”.

Como ya se mencionó en el apartado anterior, los salones fueron el lugar donde las mujeres de la clase alta iniciaron su etapa de creación literaria, con la intención de reivindicarse dando a conocer su situación en la sociedad francesa del siglo XVIII. Son precisamente estas creaciones, las que significan una transgresión a lo sostenido por el discurso patriarcal de dicha época y, las que permiten acceder a la construcción de la mujer como una sujeto histórico, desde el momento que se persigue un enfoque crítico literario.

Es a partir del ejercicio de la escritura -a pesar de ser una actividad privada- que la mujer se va dando a conocer públicamente, lo cual evidencia el doble discurso del Siglo de las Luces, mencionado en el primer apartado: existen voces disidentes y voces autoritarias que se van conjugando y compenetrando.

Esta dialéctica discursiva da cuenta del quiebre del principio esencial que la Ilustración pretende instaurar: la universalidad de la razón. Digo “pretende”, ya que el sacar a flote las voces disidentes que circundan el discurso dominante, se da cuenta que dicha universalidad no es tal, ya que ésta establece que la mujer y su situación sería una suerte de excepción a sus planteamientos “universales”. De esta manera, lo que hace la Ilustración es considerar que la universalidad de sus planteamientos atañe únicamente al discurso patriarcal: lo universal sólo se refiere al hombre y, en este sentido, se evidenciaría la inconsecuencia de dicho pensamiento. Sin embargo, el concepto de universalidad debe incluir, necesariamente, a la mujer y como no se hace, se quiebra dicho principio. Godineau da cuenta de este aspecto claramente al mencionar que mientras los filósofos sitúan en el centro de su discurso la noción de lo universal y el principio de la igualdad, señalan a la naturaleza femenina como aparte e inferior de la naturaleza masculina. Este es uno de los problemas principales de la Ilustración, según la autora: “cómo conciliar la diferencia de sexos y una filosofía de lo universal” (Godineau 399), es decir, hay una dificultad para articular un discurso de lo universal y un discurso sobre el otro.

Cristina Molina, sostiene que la identificación de la mujer con la naturaleza y con el espacio privado, por parte del discurso hegemónico de la Ilustración, constata que ésta opera desde la negación de su participación en la razón universal, lo cual implica considerarla como objeto de estudio. Con la circunscripción de la mujer al espacio de lo privado se les somete y reprime, con el fin de cercar la peligrosidad de su pasión. Sin embargo, es interesante observar que, si bien las mujeres son delimitadas a esta área, es de esta misma donde ejercen las actividades de transgresión, es decir, la escritura.

Es a raíz de estas consideraciones que uno de los géneros referenciales idóneos para investigar la construcción de la sujeto femenino es el género epistolar, ya que, por una parte, es la forma de novelar más común durante el siglo XVIII (Aragón 39-74) y, por otra parte, permite observar dicha construcción desde el espacio privado al público, como una forma para transgredir el discurso dominante.

La teoría de los géneros referenciales, según Leonidas Morales (2001), surge en el

siglo XX, asociada a la crítica de las vanguardias históricas y al principio de la “autonomía” del arte, entre otras. Dichas críticas contribuyeron a la instalación de una nueva concepción de la obra de arte (“abierta”, “inorgánica” o “fragmentaria”), pero por sobre todo conllevó la reevaluación de los géneros referenciales, los que hasta esa época estaban ligados a una escritura -que Morales denomina- “de al lado”, ya que se hallaban remitidos a un lugar estético menor y subordinado, en comparación al que ocupaban los géneros regidos por el principio de autonomía. De esta manera, los géneros referenciales -la autobiografía, la carta, el diario íntimo, las memorias, entre otros- comienzan a adquirir el valor de discurso.

Considerar a los géneros referenciales, específicamente a la carta, como una clase de discurso significa tomar en cuenta dos niveles: la enunciación y el enunciado. Es decir, por una parte, la lengua se enuncia a partir de un tiempo y espacio determinado y, por otra parte, lo dicho en aquel tiempo y espacio. De esta forma, considerar a los géneros referenciales como discursivos, implica verlos desde la historicidad, o sea, aparecen en el tiempo dentro del cual pueden transformarse o desaparecer.

La carta ¹², como en todo género referencial, se caracteriza por dos rasgos, según Morales: coincidencia entre autor y sujeto de la enunciación (o narrador) y que el discurso opera con un referente extratextual diverso, ya sea, político, social, cultural, literario, etc. En esta medida, la carta, según el estudioso, es portadora de cuatro rasgos básicos, además de los dos ya mencionados. La carta es un género referencial que trabaja con *estrategias*, en relación al destinatario, o sea, se dice algo sin decir otras cosas, ya que podrían comprometer al que escribe y, en esta medida, el autor establece una direccionalidad en las cartas. Por último, la carta, estructuralmente, es el género de la *ausencia*, pues se le escribe a alguien que no está presente. Sólo se hace presente dicha ausencia en el acto de la escritura.

Por lo tanto, a partir del género epistolar y de sus características vistas anteriormente, además del análisis a realizar de la obra *Cartas de una peruana*, se evidenciará que las voces disidentes (femeninas) que circulan en torno al discurso imperante del Siglo de las Luces salen a flote, rompiendo con el principio de universalidad y, su vez, se van erigiendo y reivindicándose como sujetos históricos.

¹² Leonidas Morales señala, para una profundización mayor en este tema, revisar los estudios de Janet Altman (*Epistolarity: Approaches to a Form*) y Patrizia Violi (“Letters”, en Teun A. Van Dijk, *Discourse and Literatura* y “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, en *Revista de Occidente*).

Capítulo II: Discursos femeninos desde voces femeninas

Consideraciones preliminares

Tal como se ha planteado a lo largo del primer capítulo, para comprender a la Ilustración como un diálogo entre las voces dominantes y las marginadas, es necesario incluir a estas últimas. Para ello, y de acuerdo a la problemática surgida entorno a la presente tesina, se analizará la novela epistolar *Cartas de una peruana* de Mme. de Grafigny (1747).

Antes de realizar un análisis de su obra hay que destacar que la autora se instala dentro de la clase aristocrática del siglo XVIII y, de acuerdo a esto se perfila como una mujer ilustrada, ya que circulaba por los sectores intelectuales de dicho siglo, codeándose con ilustrados de la talla de Voltaire. Sus obras -tal como se ha dicho en la introducción del presente informe de seminario de grado- buscaban problematizar tanto las desigualdades entre diferentes culturas, como dar cuenta de la situación de la mujer francesa en la sociedad del siglo XVIII. En *Cartas de una peruana*, la autora extrajo el material acerca de la cultura incaica desde los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, influencia proveniente de Voltaire, en quien América se erige como un motivo narrativo,

según Estuardo Núñez, de tal manera que se abre el espíritu francés a todos los temas y ambientes, anexando así el Nuevo Mundo a las letras francesas. De esta manera, el estudioso evidencia que la cultura francesa había asimilado diversas fuentes americanistas desde el siglo XVI (21). Grafigny da cuenta de este material a lo largo de su obra, pero también en una introducción histórica que realiza antes de dar inicio a las cartas. En este proemio cuenta la cosmovisión de la cultura peruana, de las instituciones presentes en ella (religiosas, sociales o científicas) y de las costumbres.

La traducción a utilizar de dicha obra en la presente tesina fue realizada el año 1792 por María Romero Masegosa y Cancelada y presenta un total de cuarenta y dos cartas, además de correcciones y notas a pie de página. Sin embargo, la traducción es arbitraria, ya que en el prólogo la traductora señala que ha suprimido algunas cosas del texto original, básicamente por dos motivos: la falta de decoro a la hora de referirse a la religión católica y la forma represiva al plantear el accionar español en el descubrimiento y conquista de América.

Además de dichos motivos, la traductora se impone llevar a cabo una tarea esencial, a saber, instruir al sexo femenino y es por ello que introduce reiteradas y extensas citas a pie de página. La educación que pretende inculcar es aquella que se enfoca en el conocimiento intelectual y en la moral, en detrimento de la educación “pueril” y “superflua” que, según la traductora, obtienen las mujeres en dicha época.

Uno de los aspectos que es necesario resaltar es la incorporación de la última carta, la cual fue escrita por la misma traductora. Las razones de haber hecho aquello se las reserva, aunque acote que consultó anteriormente dicho accionar, sin embargo, no establece quién le dio dicha aprobación. De todas maneras, dicha acción, sólo permite vislumbrar la libertad que se toma la traductora para su actividad, pasando a llevar la obra original.

Para finalizar, quisiera mencionar dos aspectos. Por una parte, sólo existen en la Biblioteca Nacional de Chile dos traducciones¹³ al español de la presente obra y pese a las críticas mencionadas, sólo la utilizada en el presente informe resulta ser la más completa. Sin embargo, este aspecto más que ser una dificultad para el análisis, permite establecer una relación aún más crítica de la obra. En segunda instancia, las fuentes bibliográficas en español acerca de *Cartas de una peruana* -la traducción presente y el texto original en francés- es escasa, por no decir casi nula en nuestro medio. Sólo se ha podido cotejar en la Biblioteca Nacional de Chile un texto en italiano de Raimondo di Sangro Sansevero (1710-1771), llamado *Supplica di Raimondo di Sangro Principe di S. Severo, umiliata alla Santità di Benedetto XIV, Pontifice Ottimo Massimo in difesa e rischiaramento della sua lettera apologetica sul proposito de' quipu de' Peruani* (1753)¹⁴, el cual no se incluyó, porque no es el foco del presente análisis.

¹³ La primera de las traducciones se halla en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional y su ubicación es A-4-3(17): Grafigny, Mme. de (Francoise d'Issembourg d'Happoncourt). *Cartas de una peruana*. D.J.E, traductor. Valencia: Impr. de J. de Orga y Cia., 1836. La traducción utilizada en esta tesina se encuentra en la Sala Barros Arana de la Biblioteca Nacional y su ubicación específica es BAI-31-1(34): Grafigny, Mme. de (Francoise d'Issembourg d'Happoncourt). *Cartas de una peruana*, traducidas al castellano con algunas correcciones, y aumentada con notas y una carta para su mayor complemento por doña María Romero Masegosa y Cancelada. Valladolid: en la Oficina de la viuda de Santander, e hijos, 1792.

1. La creación literaria: lo dicho por las voces silenciadas. Análisis de *Cartas de una peruana*

La obra está compuesta por cuarenta y un cartas más la agregada por la traductora, dentro de las cuales se pueden establecer dos corpus de acuerdo al código utilizado para escribir las mismas, rasgo que será determinante a la hora de profundizar en el análisis. Por un lado, desde la carta I a la XVII el código utilizado es el incaico: los quipus; mientras que, por otro lado, desde la carta XVIII a la XLII el código es el europeo: francés. A lo largo de la cartas se narra la historia de amor entre la esclava indígena Zilia y el príncipe inca Aza, donde la voz de la narración se deposita en la primera.

Las cartas comienzan a ser “escritas” por Zilia debido a la llegada de los españoles al imperio inca, específicamente al templo del sol donde residía ella junto a las demás vírgenes¹⁵. Zilia es capturada por los españoles en el templo del sol y es llevada a Europa; sin embargo, sus raptos cambian durante la navegación: ahora son franceses sus secuestradores y de esto el lector se va percatando desde los mismos comentarios de la indígena respecto a la lengua que utilizan y de su incapacidad para poder entenderlos y que ellos la comprendan a ella.

Es así como Zilia, por medio de este género de la intimidad, empieza a dar cuenta de lo que le va sucediendo lejos de Aza. Es ésta una característica del género epistolar, según Morales, en cuanto la carta es el género de la ausencia, es decir, que para que éstas sean escritas es una condición que el destinatario -en este caso, el amado- se encuentre lejos del (la) narrador (a). De acuerdo a este aspecto, las cartas son portadoras de un gran contenido emotivo y sentimental, sin embargo -como se verá en detalle más adelante- dicho rasgo posee connotaciones especiales.

Luego de dicha captura, Zilia es llevada a Paris, por sus nuevos secuestradores. Es en este lugar donde permanece la esclava peruana hasta el final de sus cartas y donde transcurre la mayor parte de la trama. Dentro de todo este proceso resalta la figura del aristocrático francés Deterville, quien, a lo largo de las epístolas, se va configurando como el dueño de Zilia y su enamorado. A su vez, este personaje, al saber que Zilia estaba enamorada de otro hombre le ayuda a encontrarlo, ante la insistencia de ésta. Sin embargo, la ilusión de Zilia por encontrarse nuevamente con Aza, quien se hallaba en España, fue breve, ya que al ir éste a Francia le da a conocer a Zilia que había abrazado la religión católica y que por ello no podía seguir manteniendo su compromiso en pie, ya que se cometería pecado -pues ambos eran primos-, además de haberse comprometido ya con otra mujer. Es luego de este momento que Zilia se desmorona emocionalmente y la traductora agrega aquella carta final, la cual narra el ingreso de Zilia a una “casa religiosa”, para entregarle su vida a Dios¹⁶.

¹⁴ Se encuentra en Sala Medina de la Biblioteca Nacional y su ubicación es A-8-5(9).

¹⁵ Señalo que fueron “escritas”, ya que como dije anteriormente, estas primeras cartas se crearon por medio de quipus.

1.1 Conciencia de la lengua del ‘otro’ en Cartas de una peruana:

Luego de haber realizado una síntesis de la historia que narran las cartas, es preciso adentrarse aún más y establecer los aspectos constituyentes de la obra, ya sea en relación con los personajes, como a las diversas situaciones y los discursos expresados por la narradora.

En primera instancia, hay que señalar que a lo largo de todas las cartas el locus de enunciación es desconocido por la narradora, ya que es prisionera de los conquistadores y, por ende de su cultura y de su manera de ver el mundo (ejemplo de esto es cuando Zilia es transportada en un barco sin ella comprender dónde se hallaba). Ello, suscita en la peruana la necesidad de dar a conocer lo que sucede a su alrededor y, por extensión, lo que piensa y siente. Ya en la Carta I la narradora cuenta el ataque que sufrió el templo del sol a la llegada de los conquistadores, de la brutalidad de sus actos y de qué manera ella se vio afectada por los mismos.

Las losas del Templo cubiertas de sangre, la imagen del Sol atropellada á los pies de los soldados; estos en furecidos persiguiendo a nuestras vírgenes aturdidas, temerosas [...] los gemidos del asombro, los gritos de la furia y la desesperación, que por todas partes difundian el horror y el espanto, me privaron de todos mis sentidos (Mme. de Grafigny 54).

Este es el motivo por el cual Zilia inicia su escritura: ese día ella contraería los vínculos sagrados con Aza, pero se lo impidieron. Ante el agobio y la desesperación corre hacia donde estaban sus quipus: “me di prisa á anudarlos, con la esperanza de que con su socorro haria inmortal la historia de nuestro amor y felicidad” (Mme. de Grafigny 51). Los quipus son -tal como señala la autora en la introducción histórica- “Cordones de algodón ó de pita á los quales estaban unidos otros de iguales colores, les traian á la memoria, por medio de unos nudos colocados de distancia en distancia, las cosas de que querian acordarse; y aun servian de Anales, Códigos y Rituales, etc.” (Mme. de Grafigny 37)¹⁷.

De esta manera, el código utilizado por Zilia es el propio, lo cual, a lo largo de este primer corpus de cartas -desde la I a la XVII-, va configurado una manera particular de *percibir* las cosas y las situaciones, lo cual se relaciona con un rasgo esencial que es preciso establecer, tanto a lo largo de este primer corpus e inicio del segundo. Me refiero a la importancia que adquiere el lenguaje para Zilia mientras es presa de los conquistadores, ya sea en su traslado hacia Europa como en su estadía en la misma.

¹⁶ Esta última carta, que como se ha dicho fue escrita por la traductora, está lejos de seguir con lo expuesto a lo largo de las demás, pues Zilia siempre priorizó su cultura por sobre la de los franceses, pero por sobre todo, la narradora da cuenta en su Carta XXXII de su desprecio por la “casa religiosa”, ya que no le permite acceder a lo que desea, a saber, adquirir conocimientos. De esta manera, esta última carta demuestra su incongruencia con respecto al resto de la obra y, principalmente de lo que se está exponiendo a lo largo de ella: reivindicar a la figura de la mujer como una sujeto racional y apartar las concepciones unilaterales de ella como un *objeto* instintivo y llevado por sus pasiones.

¹⁷ Cfr. con De la Vega, Garcilaso. *Comentarios reales de los incas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985. Específicamente el Libro sexto.

En la Carta I, Zilia expresa la desesperación que produce no conocer la lengua de sus opresores y que ellos no la entiendan, ya que esto imposibilita la comunicación entre ambos. Debido a este desconocimiento de la lengua, todas las caracterizaciones que se realizan se remiten únicamente a las percepciones de Zilia y qué es lo que cree entender de lo que la rodea. Ejemplo de ello es lo relatado en la Carta III, donde Zilia es raptada por los franceses, quienes se la llevan a un lugar que ella no conoce y para caracterizárselo a Aza, señala que la condujeron a una casa colgante, ya que se encontraba en un continuo balanceo. Sólo sabe que se encontraba en un barco, cuando uno de los franceses hace que se acerque a la ventana y vea el mar. Esto da cuenta de la imposibilidad de nombrar la realidad del otro, ya que a lo largo de las cartas, el movimiento de otredad se produce en un doble sentido. Por una parte, es Zilia la vista como el (la) otro (a) dentro de la sociedad francesa y, por otra parte, es ella la que percibe a los franceses como los otros y es en este sentido que se lleva a cabo la imposibilidad de nombrar la realidad. Desde este rasgo, se da a conocer el *exotismo*, el cual será detallado más adelante.

Sin embargo, una de las situaciones donde el desconocimiento de la lengua es vital acontece cuando Deterville -el cacique, como lo denomina Zilia, antes de conocer su nombre- ocupa su tiempo en hacer que Zilia pronuncie palabras en francés y que al hacerlo, Deterville irradie de alegría. Sólo por esta razón, la narradora suele decirle dichas palabras, sin saber lo que significan: “Si, yo os amo” y “Yo os prometo ser vuestra”. A raíz de ello, se revelan dos situaciones; por una parte, el lector comprende que Deterville está enamorado de Zilia y que ansía que sea su pareja y, por otra parte, esto revela la relevancia del lenguaje, como forma de comunicación entre las personas: si Zilia hubiese sabido lo que significaban aquellas palabras no las hubiera pronunciado, por el simple hecho de serle fiel a Aza.

Es en las Cartas I, IX y XI donde se revela la importancia de la lengua; principalmente, porque ella es el medio para poder transmitir los *pensamientos*, según Zilia:

De dos días á esta parte entiendo muchas palabras de la lengua del cacique, que de ninguna manera me podía ocurrir que sabia. Estas no son hasta ahora mas que los nombres de los objetos: no explican mis pensamientos, y ni aun me sirven para entender los de los otros, sin embargo me proporcionan algunas luces y noticias que me eran necesarias (Mme. de Grafigny 132-133, las cursivas son mías).

La notoria relevancia que le asigna Zilia a la lengua se presenta a lo largo de este primer corpus en el que sólo “escribe” por medio de los quipus y se puede apreciar con mayor realce en la Carta XI, donde señala: “Ya no tengo la menor duda, en que únicamente el uso del idioma del país podrá cerciorarme de la verdad, y terminar mis inquietudes” (Mme. de Grafigny 148).

Ya en el segundo corpus se concretan las inferencias de Zilia, en la medida que al aprender el francés, comienza a adquirir conocimientos de lo que sucede alrededor de ella y esto le permite generar críticas determinantes de la sociedad en la que se encuentra, además de significar un proceso de aculturación ficcional. Antes de dar cuenta de este aspecto, es preciso señalar que Zilia aprende francés por una doble necesidad.

Por un lado, está presente el deseo de saber lo que acontece y, de esta forma, salir de la oscuridad en la que se halla inserta y, por otro lado, sus quipus se le están acabando y adolece al darse cuenta que ya no podrá seguir “comunicándose” con Aza.

De esta manera, la Carta XVIII es trascendental, ya que al ser la primera escrita en francés se erige como aquella en donde Zilia se ha quitado la venda de los ojos y puede apreciar la realidad tal cual se la presenta y no por medio de sus percepciones y deducciones: “Mis pensamientos no eran mas que deseos; todas mis reflexiones, proyectos y todos mis sentimientos, esperanzas” (Mme. de Grafigny 231-232). En este sentido, se establece una oposición entre el primer corpus y el segundo: todo lo que había escrito Zilia en quipus correspondía a un mundo de ilusiones, en donde los deseos y las esperanzas de poder comunicarse con Aza, eran los cimientos para construir dicha felicidad artificial. Por otra parte, en el segundo corpus, se adquieren conocimientos reales, los cuales le permiten a la narradora señalar que lo vivido y escrito hasta ese entonces eran sólo *deseos*: “Al paso que adquiero inteligencia, un nuevo universo se vá ofreciendo á mis ojos: los objetos han tomado una forma distinta; y cada conocimiento me descubre una nueva desgracia” (Mme. de Grafigny 233).

Desde este instante, la narradora va configurando su mundo de acuerdo a este “nuevo” conocimiento, de tal manera, que se puede señalar que Zilia ha tenido un segundo nacimiento. Una de las situaciones donde es vital esta nueva percepción del mundo, es la construcción de Deterville, quién en el primer corpus sólo era caracterizado como el “cacique” y aquel que acompañaba a Zilia en cada instante del viaje hacia Europa. Después de la Carta XVIII y gracias al manejo del francés, la protagonista se va dando cuenta que Deterville está enamorado de ella y todo lo que ha hecho por ella se ha debido a estos sentimientos.

Es así como la segmentación hecha de las cartas, permite establecer dos etapas en la construcción de la narradora. Por un lado, en el primer corpus, al estar inserta en un mundo que no conoce, el manejo de la lengua es trascendental y determina una etapa de desconocimiento en la narradora; mientras que, por otro lado, el segundo corpus y la adquisición de la lengua francesa va determinando una etapa de conocimiento del mundo en cual está inserta Zilia.

Estas consideraciones permiten adentrarse en una concepción mucho más enriquecedora. Tal como se ha señalado, E. Kant establece que la Ilustración se caracteriza por la capacidad del hombre -entiéndase éste en sentido genérico- de valerse por sí mismo y atreverse a saber; y de esta forma, se accedería a la mayoría de edad. Sin embargo, en el Siglo de las Luces, las mujeres eran definidas desde su sexo y, de esa manera, se encontrarían en un eterno estado de minoría de edad; es decir, nunca accederían a la razón. Es a partir de esto que *Cartas de una peruana* va generando un quiebre con dichas concepciones, lo que se puede apreciar en esta segmentación realizada en torno a las mismas. La narradora en el primer corpus está determinada por sus deseos, pasiones y esperanzas y en cuanto esto es así, sus narraciones se limitan a este mundo fantasioso conformándose su figura como “menor de edad”, considerando la terminología kantiana. Sin embargo, es en el segundo corpus, particularmente, con el inicio de la Carta XVIII -aspecto que no es menos importante si se considera que dicha carta, nominalmente, hace mención al siglo XVIII y todo aquello que puede implicar- y

gracias a la adquisición de la lengua francesa que la narradora inicia una nueva etapa, la cual ha generado que salga del “abismo oscurecido” en que estaba inserta y acceda, de esta manera, a la mayoría de edad. Es decir que, en cuanto Zilia adquiere el lenguaje del opresor es capaz de nombrar la realidad del otro, lo cual implica y avala las críticas realizadas por la narradora.

A raíz de lo expuesto, se presenta una perspectiva de la mujer, por medio de la voz de la narradora, que va transgrediendo el discurso impuesto por las voces dominantes del siglo XVIII y, a su vez, va dando cuenta de cuál es la concepción que se posee de las mujeres en dicho siglo, metonímicamente hablando. De esta manera, se genera una crítica a la realidad europea desde la visión de los extranjeros (Hazard, 1952). Para poder precisar aún más dicho aspecto se requiere ahondar en algunas cartas específicas entorno a este tema.

1.2 Una crítica social. La perspectiva de la mujer como configuración genérica:

Las cartas que se utilizarán para aquella tarea son las XXIX, XXXII, XXXIII y la XXXIV, las que serán vistas en detalle a continuación. Primero que todo hay que recalcar que todas estas cartas se sitúan desde este nacimiento a la mayoría de edad en la narradora y, por ello mismo, brindarán descripciones, juicios y críticas con un tono e intencionalidad importantes a la hora de precisar y aterrizar el problema de la presente tesina.

Para contextualizar la situación de producción de estas cartas, hay que señalar que Zilia al haber manejado el idioma toma la decisión de ir en busca de Aza, considerando que éste se encontraba en Perú; pero Deterville la convence de que ese era un viaje muy riesgoso y le dice que él la ayudará a encontrarlo. Deterville, a pesar del sufrimiento ante aquella tarea, localiza a Aza en España y le propone a Zilia mandarlo a buscar; ella accede. Es en esta espera que Zilia redacta las presentes cartas, dándole a conocer a Aza el desprecio que está sintiendo hacia Francia.

¡O mi amado Aza! No sin un verdadero sentimiento paso desde la admiración del talento de los Francéses al desprecio del uso que hacen de él. Complacíame de buena fé estimados á esta Nacion encantadora, pero no me puedo negar á la evidencia de sus defectos (Mme. de Grafigny 357).

Es en este desprecio que Zilia inicia su descripción más acuciosa de la sociedad francesa, comenzando en la Carta XXIX con su crítica al “ídolo de lo superfluo” en Francia. La narradora señala, luego de la fiesta de matrimonio de Celina -hermana de Deterville- que las costumbres de los franceses son ligeras, enfocadas únicamente a la satisfacción de lo superfluo, revocando lo necesario; de tal manera que la razón se ha sustituido:

No es necesaria mucha sagacidad, ni penetracion, para persuadirse á que el gusto desenfrenado por lo superfluo ha corrompido su razon, su corazon y su talento: que este ha establecido riquezas quiméricas, sobre las ruinas de lo necesario: que ha substituido una política superficial á las buenas costumbres, y reemplazado el juicio y la razon, con un brillo falso del espíritu. (Mme. de Grafigny 358).

Dicha superficialidad se manifestaría claramente en la vanidad propia de los franceses, la que se remitiría al *parecer* opulentos. Es esta ligereza la que desprecia la narradora, ya que “excluye casi siempre el raciocinio” (Mme. de Grafigny 365); la preocupación por el adorno, el querer parecer más que los demás, sólo refleja la insensatez de los franceses. Esto se puede ejemplificar, cuando en la misma carta, señala que ha oído los ardidés que han maquinado ciertas personas para poder hacerse de dichas superficialidades aprovechándose del trabajo de otros.

En este punto, hay que mencionar que a lo largo de estas cuatro cartas, en reiteradas ocasiones se hace una crítica a los franceses, tomando como punto de referencia la cultura peruana; las costumbres de la narradora. Es así como en la crítica a lo superfluo, la narradora señala:

Nuestras leyes, las mas sabias de quantas se han dado á los hombres, permiten ciertas Decoraciones en cada estado que caracterizan al nacimiento, ó las riquezas, y que en rigor se pudieran llamar, SUPERFLUO¹⁸ ; pero el que me parece un delito es aquel superfluo que nace del desarreglo de la imaginación [...]: en una palabra, aquel de que los Francéses son idólatras, y al qual sacrifican su descanso, y honor. (Mme. de Grafigny 362, las cursivas son mías).

Otra ejemplificación a este respecto surge en la Carta XXXII, donde la falta de virtud de los franceses debido a la adoración por el adorno, la lleva a señalar que en el fondo ellos son tan amantes de la virtud como los peruanos. De esto se percata en la relación que le piden que realice acerca “de la rectitud de nuestros corazones, del candor de nuestros sentimientos, y de la sencillez en nuestras costumbres. Si vivieran en nuestro país, se harían virtuosos: el exemplo y la costumbre tiranizan su conducta” (Mme. de Grafigny 400). De esta manera, la narradora pone como ejemplo a seguir una cultura completamente diferente de la europea, la cultura de los salvajes desde el punto de vista occidental -aunque hay que mencionar que la narradora en reiteradas ocasiones señala que son sus secuestradores los salvajes, lo cual va configurando como “salvajes” a los propios franceses-.

Situándose desde este aspecto, la narradora le confiesa a Aza que en un principio se vio atraída por dicha cultura, ya que en ellas “hallaba tanta semejanza con la sencillez y candor de las nuestras” (Mme. de Grafigny 368); sin embargo:

[...] apenas empecé á aplaudir estas costumbres tan prudentes, las carcajadas de risa que excité, disiparon mi error, y solo me hallé al rededor de mí Franceses insensatos de estos tiempos que se glorían del desarreglo de su imaginacion (Mme. de Grafigny 368-369).

En este instante es donde la narradora genera una de sus mayores críticas a la sociedad francesa, pues tal como se ha visto, la Ilustración se caracterizaba por el uso de la razón en todos sus ámbitos, pero ella sostiene que las veneraciones a lo superfluo, al adorno, han quebrantado con dicho principio; es más señala que ha leído en uno de los mejores libros de Francia que “EL ESPÍRITU DEL GRAN MUNDO CONSISTE EN DECIR NADERÍAS AGRADABLES; Y A NO SOLTAR LA MENOR EXPRESION JUICIOSA [...]: EN FIN A CUBRIR CON UN VELO LA RAZON, QUANDO HAY PRECISION DE

¹⁸ El uso de mayúsculas que aparece en las citas de *Cartas de una peruana* son parte de esta obra; no es destacado mío.

PROFERIRLA” (Mme. de Grafigny 374). La narradora está entregando, por un lado, una visión ajena a la que se posee de este período histórico-cultural y, por otro lado, una crítica a la realidad existente en Francia, la cual va más allá de los presupuestos filosóficos; ya que la razón se debe mantener bajo un velo; nunca es necesario manifestarla.

Es, precisamente, desde la crítica efectuada a la sociedad europea tomando como referente la cultura incaica que se da a conocer el exotismo presente en la obra, pero éste posee características especiales. Tzvetan Todorov (2003) señala que quien profesa el exotismo -en oposición al nacionalista- es aquel que considera que el país que posee los valores más altos es aquel cuya única característica pertinente es que no sea el propio. Es decir, “los otros son mejores que nosotros”, de tal manera que se realiza una idealización de los salvajes (Todorov 305); sin embargo, ambos conceptos son relativos, lo cual se aprecia claramente en *Cartas de una peruana*. Desde el punto de vista europeo occidental y, a raíz del descubrimiento de América, se considera a este nuevo continente como lo exótico, siguiendo con la denominación del teórico. Pero, en la presente obra, se considera exótica a la cultura europea. En esta medida, se genera una inversión de papeles, en cuanto son ahora los franceses los identificados como salvajes y no la cultura peruana. Los presentados como ‘otros’, en primer lugar, son considerados ahora como ‘nosotros’ y viceversa. Sin embargo, la narradora no concibe como mejor a la sociedad que está conociendo, si no que busca reestablecer a la suya como la ideal.

Lo que plantea la narradora es que dicha sociedad está inmersa en un continuo *parecer* y, en este sentido, se pierde la importancia de conocer el *ser*, que en su cultura es la tarea trascendental que deben seguir el resto de su vida, ya que ella les permite proporcionar felicidad a los demás y a sí mismos. De esta manera, hay que señalar que en la Ilustración, el principal quehacer de las personas que acceden a esa mayoría de edad, mencionada por Kant, es encontrar la felicidad. Sin embargo, Zilia señala que en Francia dicha felicidad no es tal, ya que realmente se cree ser feliz: “después de haber mudado de vestido, cuarto, y casi de SER, deslumbrado con su propia magnificencia, se pasa con alegría, se cree ser feliz” (Mme. de Grafigny 366, el destacado es mío). Esto denota que la adoración a la superficialidad (parecer), es decir, el ocultar la razón, sólo genera una pseudo felicidad, ya que no se nutre el ser.

Estas consideraciones acerca de la obstinación por lo superfluo, va más allá de una mera caracterización de la sociedad francesa; si no que están en directa relación con los prejuicios que existen en dicha época hacia la mujer. Éstas están determinadas por su sexualidad, por su cuerpo -tal como ya se ha mencionado- y, de acuerdo a ello, su vida está relegada a lo doméstico y a la satisfacción de las necesidades de su marido. De esta manera, las ocupaciones que poseen no irían más allá de la preocupación por su apariencia, aspecto que está criticando la narradora.

Ya en la carta XXXII, Zilia señala que existen dos tareas esenciales para las mujeres desde su estadía con Celia, las que consideraría fatigosas si no le sirvieran para instruirse en las costumbres de Francia. Por una parte está el trabajo de vestirse y el de cumplir con los amigos. Esta última consiste, tal como señala Zilia, en asistir en un día a la mayor cantidad de casas “para dar y recibir un tributo de alabanzas recíprocas acerca de la belleza del rostro, y del cuerpo: sobre la excelencia del gusto, y elección de trages y

adornos, pero nunca sobre las qualidades del alma.” (Mme. de Grafigny 396-397). Esta es la principal tarea de las mujeres en Francia, la cual deja de lado la posibilidad de instruirse en la razón.

Hay que señalar que Zilia desde que adquiere la lengua del país en el que se encuentra, desea develar las dudas que posee para así llegar a la verdad. Ante esta necesidad es que primero trata de instruirse acerca de las costumbres del país ¹⁹ en la “casa religiosa”, donde la ingresa la madre de Deterville junto a Celina; sin embargo, ahí tanto los curas como las demás mujeres no la ayudaban en su instrucción. De esta manera señala: “colocada al presente en medio de lo que se llama el GRAN MUNDO, veo á la Nacion entera, y puedo examinarla sin obstaculos algunos que me lo impidan” (Mme. de Grafigny 396). Es decir, la narradora puede examinar a la sociedad francesa al estar inserta en la vida misma de ésta y desde su propia experiencia, lo cual valida su perspectiva de enunciación.

Es así como la narradora sentencia que los franceses son “una superficie de buen colorido, y un interior informe; un precio aparente, y ningun valor real y verdadero” (Mme. de Grafigny 401). Las aseveraciones asombran, ya que entrega una configuración completamente distinta a la que se conoce de la Ilustración, desde las consideraciones filosóficas. De esta manera, se va configurando una perspectiva particular de la sociedad del Siglo de las Luces desde una narración doblemente marginal: se trata de una voz indígena y femenina.

Desde la narración doblemente marginal, hay que establecer que todas las apreciaciones dadas por la narradora se sustentan en un principio de la Ilustración manifestado por Rousseau en su *Emilio* (1990): la concepción del viaje. El viaje se erige como uno de los procedimientos, mediante el cual, el hombre va formando y perfeccionando su razón y, en este sentido, le entrega el conocimiento de una manera empírica. Este empirismo permite observar, describir y analizar las diferentes realidades de los países y de las sociedades, de tal manera que el viajero va discriminando entre las mejores y peores formas de vivir, gobernar, de hacer cultura, etc., instruyéndose en aquellas que le resulten más óptimas a su desarrollo intelectual. La figura del viajero y, en este caso, de la viajera, fue recurrentemente usada en la literatura del siglo XVIII para dar cuenta de las críticas o los ideales del pensamiento ilustrado de tal forma que los viajes se convierten en una manera más de saber, tal como señala Rousseau: el viaje brinda una verdadera forma de educación y saber.

Por su parte, Todorov vincula los viajes con la experiencia exótica ²⁰ y es, precisamente, ésta la que le permite a la narradora generar las críticas a lo largo de sus cartas, sin identificarse completamente con la sociedad francesa.

“El punto de partida de la experiencia exótica es el mismo que el de toda percepción: la identificación del objeto [percibido]; pero, inmediatamente es

¹⁹ En este sentido, es interesante observar que se siguen las indicaciones de Rousseau en el *Emilio o de la Educación*, en el apartado de los Viajes: se debe viajar con la intención de instruirse en las costumbres de las demás naciones. Aunque en este caso, el viaje no se realiza por iniciativa propia, es decir, se trata del relato de una cautiva.

²⁰ Conceptualización utilizada por Todorov desde el francés Victor Segalen.

preciso bloquear el proceso habitual de asimilación (del otro) y de acomodo (de uno mismo), y mantener ese objeto como diferente del sujeto, preservar la preciosa alteridad del otro” (Todorov 372-373).

Esto es lo que realiza la narradora, en cuanto le señala a su amado que en un principio se vio atraída por dicha cultura, pero supo mantener la distancia y no identificarse con ella, lo cual le permite la experiencia exótica. Así, ésta se caracteriza por poseer dos fases: embeberse de la cultura del otro y extraerse de la misma.

Todorov, realiza un retrato de los diversos viajeros y sólo uno de ellos es capaz de llevar a cabo dicha experiencia exótica: el *exota*. Este viajero es aquel que puede gozar la diferencia entre sí mismo y el objeto de su percepción, es decir, mantiene alejada la exterioridad del objeto con respecto al sujeto, lo cual evidencia que para poder experimentar al otro no es necesario dejar de ser uno: “Para él, nosotros no somos naturales, ya que él procede constantemente por *comparación* implícita con su propio país, lo cual le da el privilegio de descubrir nuestras deficiencias, es decir, aquello que no se ve” (Todorov 391, el destacado es mío). De esta manera, Zilia se configura como la viajera *exota*, ya que como se ha presentado anteriormente, lo que hace es criticar a la sociedad en la que se halla inmersa tomando como eje de comparación a su propia cultura, sin identificarse completamente con la primera. Así, la narradora ejerce el movimiento clave de la experiencia exótica, o sea, se desplaza entre el distanciamiento y la identificación.

Donde más resalta la crítica ejercida por esta viajera *exota* es en las dos últimas cartas de esta obra epistolar, las que se refieren particularmente a la situación de la mujer en la sociedad francesa del Siglo de las Luces.

Al inicio de la Carta XXXIII, la narradora menciona que lo que no deja de admirarla son las contradicciones que posee dicha Nación, sin que sus ciudadanos la vean. Sin embargo, dentro de ese cúmulo de contradicciones hay una de aquellas que no deja de sorprenderla:

[...] ninguna mas vergonzosa ni que mas desacredite su talento, que su modo de pensar relativo á las mugeres. Las miran con respeto mi amado Aza, y al mismo tiempo las desprecian con igual exceso (Mme. de Grafigny 404).

A este respecto, en la carta XXXII existe una apreciación de la narradora que resulta relevante a la hora de determinar la situación de la mujer en el siglo XVIII: “La censura es el gusto dominante de los Francéses así como la inconsecuencia es el carácter de la Nación” (Mme. de Grafigny 398). De esta frase hay que destacar dos conceptos claves: censura e inconsecuencia; ya que ambas repercuten directamente en la mujer y la narradora procura dar cuenta de ello en la carta siguiente. “Bien conocí desde que entré en el mundo que la censura habitual de la Nación recaía principalmente sobre las mugeres” (Mme. de Grafigny 408).

En primera instancia, la narradora establece, nuevamente, una comparación entre la realidad de su pueblo y la de Francia para poder caracterizar a esta última:

Docil nuestro ingenio á las nociones de la naturaleza, no se atreve á pasar de los límites que aquella le prescribe: nosotros hemos hallado en este aislado estudio, que la fuerza y el valor de un sexo, indicaba que debía ser el apoyo y defensa del otro: nuestras leyes van conformes con esta doctrina. Pero aquí, lexos de

compadecerse los hombres de la debilidad de las mugeres se hallan angustiadas con el trabajo las plebeyas, sin que las consuelen ni las leyes ni los maridos; y las de la clase superior son el juguete de la seducción, y de la maldad de los hombres (Mme. de Grafigny 406-407, las cursivas son mías).

En esta cita se puede apreciar, claramente, que la narradora da cuenta de la situación de las mujeres de la clase baja (plebeyas) y de la clase alta en Francia, con respecto a su vínculo con los hombres para demostrar, por medio del descrédito, que su cultura es la más idónea en cuanto al lazo entre hombres y mujeres en la sociedad, ya que ésta sigue las nociones de la naturaleza, ideal perseguido por el pensamiento ilustrado.

Por otra parte, la narradora ya ha señalado que las mujeres suelen ser el blanco de insultos y vejámenes de los hombres, sobre todo si éste considera que ella lo ha traicionado, pero las mujeres no pueden emprender ningún tipo de acción ante esta situación y menos realizar algún tipo de movimiento si creyesen que son traicionadas también. Esto lo ejemplifica con el caso que oyó de un joven que fue muerto por otro, porque hizo malos comentarios de éste: “Informéme y supe, mi amado Aza, que un hombre está obligado á exponer su vida, para quitarsela á otro, si sabe que este ha hablado de él haciendole poco favor; ó á desterrarse de la sociedad, si se niega á tomar una venganza tan cruel”(Mme. de Grafigny 410). En pocas palabras, la inconsecuencia y la censura se evidencian en cuanto es el hombre quien puede tomar venganza del agravio que se le pueda llegar a realizar, ya que “aquí la autoridad está enteramente en manos de los hombres” (Mme. de Grafigny 434). Sin embargo, a pesar de estas demostraciones, la narradora aún no puede vislumbrar cuál es el motivo por el que se desprecia tanto a las mujeres, si no hasta la carta siguiente.

En la Carta XXXIV se descubre la razón de dicho desprecio: “Ultimamente me parece haber dado con ella en la poca la poca conexion que hay entre *lo que son, y lo que se cree que debieran ser*” (Mme. de Grafigny 411, el destacado es mío). Este aspecto es trascendental, ya que nos remite a páginas anteriores donde se da a conocer, por medio de la Carta XXIX, que la sociedad francesa del siglo XVIII está inmersa en el *parecer* (“ídolo de lo superfluo”), dejando de la lado la esencia del *ser*. En este sentido, hay que considerar el concepto *parecer*, tanto desde los patrones de las apariencias como la imagen que tienen los hombres de las mujeres en dicho siglo, la cual se va configurando en torno a la idealidad. De esta manera, por medio de la narradora, se entiende que en la Ilustración las mujeres se debatían en un doble estado; por una parte, *debían ser* lo que el discurso imperante decía de ellas y, por otro lado, *eran* completamente distintas a lo dicho por aquel discurso. Este sería el eje del descrédito hacia las mujeres, en la medida que la conexión entre ambos polos era difusa.

Dentro de esta idealidad de la mujer, la narradora señala que se desea que fuesen virtuosas, pero ello no es realizable debido a que la *educación* que se les brinda no responde a estas preocupaciones. Con relación a la educación, en primera instancia crítica aquella entregada en las “casas religiosas”, puesto que ahí “se confía la ilustracion de su espíritu á unas personas de ninguna instruccion; y que son incapáces de formarlas un corazon que no conocen” (Mme. de Grafigny 415)²¹.

En segunda instancia, vuelve a hacer uso de la comparación para criticar la instrucción francesa, en cuanto se refiere a la educación brindada a los niños (as). En

Perú, según Zilia, se les enseña desde temprana edad el valor de las virtudes; mientras que en Francia se olvida que en algún momento los niños llegarán a ser hombres -entiéndase éste como humanidad-, burlándose de su incapacidad de poder descubrir la verdad y ello lo hacen engañándolos, mintiéndoles acerca de las cosas que perciben y riéndose de sus errores.

Es cosa sabida en el Perú, mi amado Aza, que para preparar á los humanos á la práctica de las virtudes, es preciso inspirarles desde la infancia un valor y una cierta firmeza de alma que les forma un caracter decidido; todo ello se ignora en Francia (Mme de Grafigny 412).

Es de esta manera, que la narradora sostiene que la educación que reciben las mujeres sólo está enfocada en la satisfacción de las superficialidades, lo cual corrobora al sostener diferentes conversaciones con aquellas que ha conocido tanto en la “casa religiosa” como en la vida social junto a Celina, en quienes la ignorancia resalta en el casi nulo conocimiento del mundo, de los hombres y de la sociedad. Así, la narradora reflexiona y sostiene que la mujer sólo es parte de la sociedad en la medida que representa, que aparenta lo que es:

Arreglar los movimientos del cuerpo; colocar los del semblante; componer el exterior, son los puntos esenciales de la educación [...]. Incesantemente se excita en ellas aquel despreciable amor propio, que solo produce efectos en los atractivos exteriores: no dándoles á conocer aquel que forma el verdadero mérito, y que solo se satisface con la estimacion (Mme. de Grafigny 419-420).

Tal como se ha mencionado anteriormente, esta situación de la mujer en el Siglo de las Luces, se debe a que la autoridad está en manos de los hombres y, la narradora no se demora en sentenciar que ellos son los responsables del desprecio hacia las mujeres, por el mismo poder que poseen.

[...] las mugeres nacen aqui mas comunmente que entre nosotros, con todas las disposiciones necesarias para igualar á los hombres en mérito, y en virtudes: pero como si hubieran hecho una convencion en el fondo de su corazon, y que su orgullo no pudiese sufrir semejante igualdad, ellos mismos contribuyen con todo quanto pende de su arbitrio, á hacerlas despreciables (Mme. de Grafigny 433).

He ahí el asombro de la narradora ante la inconsecuencia de los franceses, ya que esperan que las mujeres practiquen las virtudes, pero no se las dan a conocer: “¿Podrás comprender con que fundamento se exige de ellas que practiquen las virtudes, de que los hombres se dispensan á sí mismos, negandoles las luces y principios necesarios para practicarlas?” (Mme. de Grafigny 441).

Es así como la narradora genera estas críticas desde su condición de extranjera y viajera, es decir, desde el ser que resulta exótico para los franceses y la comunidad

²¹ La crítica generada a la educación monástica no es menor, si se considera que en la Edad Media es en los conventos donde se puede acceder a una educación de alto nivel, lo cual tiene directa relación con la importancia asignada a la religión católica en dicha época. Sin embargo, la Ilustración se caracteriza por generar una fuerte crítica a la fe católica, es decir, el teísmo e instaura así al *deísmo* como la religión natural, la cual busca explicar la existencia de Dios por medio de la razón, dejando de lado los elementos propios del teísmo, por medio de los cuales se accedería a dicha existencia, a saber: la revelación y la fe. Ver Paul Hazard.

europea en general. Es precisamente el exotismo una de las características de los viajes, en los cuales los viajeros se sorprenden ante una nueva realidad que no se asemeja a la de ellos. De esta manera, la narradora se configura como el “otro” o la “otra” y esta condición la experimenta, en la presente obra, doblemente: es indígena y mujer.

Conclusiones

La figura de la mujer en la sociedad francesa del siglo XVIII se hallaba subordinada a la autoridad de la voz patriarcal. Ésta, siguiendo una configuración prototípica del *pater familias*, se caracteriza por acallar las voces de sus hijos, por medio de sus tonalidades altas y el ceño fruncido, cuando realizan alguna acción que no se les ha permitido. Las mujeres representan a aquellas voces silenciadas y, de esta manera, se erigen como “menores de edad”, en la medida que no acceden a la razón, o sea, son personificadas bajo la figura del *infans* que, como tal, son incapaces de articular palabras para comunicarse: negar la palabra es negar la capacidad de razonar.

En primera instancia, la taxonomía propuesta para *Cartas de una peruana*, permite dar cuenta de este primer estado de la mujer y, a su vez, proponer la constitución de la mujer a la par de la de los hombres del siglo XVIII. En el primer corpus, se da a conocer, por medio de la voz de la narradora, un estado de la mujer que responde a la denominación kantiana de “menor de edad”, en la medida que la narradora describe lo que le sucede desde el *desconocimiento* de la lengua de los conquistadores; es decir, desde las percepciones, los deseos y las esperanzas y aquello no le permite comunicarse; es decir expresar sus pensamientos y comprender el de los demás.

Por otra parte, en el segundo corpus la narradora se abre a un nuevo universo al haber comprendido la lengua de los franceses y, en este sentido ha madurado, ha accedido a la mayoría de edad: ha adquirido la razón. Es desde la Carta XVIII –que bien nos recuerda los principios básicos de la Ilustración- donde se comienza a transgredir la voz del *pater familias*, ya que la narradora comienza a expresarse y criticar la sociedad en

la que está inserta. Comienza a adquirir las luces que le son necesarias para conocer la verdad y ponerle fin a sus dudas; en pocas palabras, salir de la oscuridad en la que estaba (primer corpus) e ingresar al mundo del conocimiento (segundo corpus).

De esta manera, la importancia del lenguaje es vital a la hora de caracterizar el proceso por el cual puede pasar la narradora y, por extensión, la mujer en la sociedad francesa. La lengua actúa como el eje, a lo largo de la obra, por medio del cual se ejerce la crítica.

Desde el momento que la narradora accede a la razón y se encuentra en medio de ese “gran mundo”, es capaz de examinar y criticar a los franceses, sin ningún obstáculo que se lo impida -entiéndase a estos como aquellos proporcionados por el desconocimiento de la lengua-. De esta forma, las críticas se realizan desde la comparación entre su cultura incaica y la europea, estableciendo a la primera de ellas como la ideal y natural.

Es importante destacar que todo el proceso crítico se da gracias a dos ejes: el viaje y el género epistolar. Por una parte, el viaje como uno de los principios de la Ilustración, permite el conocimiento de un mundo que es extraño y nuevo para esta viajera y, en esta medida, se da inicio a la experiencia exótica, es decir, la narradora se identifica con el otro y, a su vez, se diferencia de éste, generándose así la crítica. Lo particular de este viaje es que ya no se trata de un europeo el que inicia el periplo hacia tierras desconocidas, si no que es una indígena cautiva, la que inicia el viaje hacia Europa. Es así como, en *Cartas de una peruana*, el “viejo continente” se constituye en el ‘otro’ (en el salvaje), mientras que el “nuevo continente” se configura en el ‘nosotros’, pues la voz de la enunciación se expresa desde este último.

Por otra parte, desde la discursividad del género epistolar se da cuenta de un tiempo y un espacio determinados -enunciación-, los cuales van evidenciando el viaje que se está realizando, comprendiendo a éste como una travesía física y una hacia el conocimiento. Además, por medio de las estrategias discursivas -entre ellas la ausencia del destinatario-, se realiza un análisis de la cultura observada a través del viaje, sin un compromiso total de la narradora. Esto la caracteriza como una viajera exota, pues es capaz de criticar a la realidad del otro sin identificarse completamente con éste.

De esta manera, a partir de esta voz doblemente marginada se inicia un largo camino de críticas al otro, gracias al viaje y a las herramientas discursivas del género epistolar. Las críticas que han interesado acá son aquellas que parten por una caracterización de la situación de la mujer en la sociedad francesa, para luego dar cuenta del error de dicha perspectiva.

A raíz de esto, se plantea una oposición entre el *parecer* (objeto) y el *ser* (sujeto), la que surge desde la caracterización de los franceses como aquellos que adoran lo superfluo, el adorno. La narradora señala que este es el rasgo hegemónico de la sociedad en Francia, el cual elimina el raciocinio de todo accionar y, en este sentido, la crítica a los ideales ilustrados es clara, ya que éstos ponen en relieve, por sobre todas las cosas, la razón y los franceses irían en contra de dicho planteamiento. Por lo tanto, dicha sociedad sólo aparenta lo que es.

En este eterno parecer de las cosas, las mujeres ocupan un lugar relevante, pues

ellas son las que sólo representan lo que son y eso se debe a la educación que se les imparte; una instrucción enfocada en acentuar los aspectos exteriores, lo cual responde directamente con los presupuestos del discurso científico, el cual considera a la mujer como tal, únicamente, desde los patrones corporales; no la concibe de otra manera. Esto repercute directamente en la función social que se le otorga a la mujer: es madre, esposa e hija. En este sentido, las mujeres son caracterizadas como el objeto del discurso patriarcal imperante, tal como señala Godineau (1995), ya que son hombres las que pretenden estudiarla desde diversos aspectos, pero al hacerlo, sólo dan cuenta de una idealidad de la mujer.

Por otra parte, se señala la importancia del *ser* en la sociedad peruana, en comparación a la francesa y en detrimento de ésta. El *ser*, que se erige bajo las consideraciones del sujeto, se revela como el motor principal la cultura de la narradora, ya que por medio de éste se accedería a las virtudes, pero por sobre todo a la constitución de ellos mismos dentro de una sociedad basada en los preceptos de la naturaleza. El *ser* es lo que se ha escondido bajo un manto oscuro en la sociedad francesa, pero por sobre todo en las mujeres. Así, la narradora, desde su perspectiva femenina y peruana muestra un panorama determinado y se sorprende de la inconsecuencia y la censura de éste.

Se puede observar, gracias a la situación de enunciación de la obra, que existe una conciencia acerca de la situación marginal y acallada de la mujer en la sociedad ilustrada, a pesar de que el mayor principio que promulga es el de la universalidad de la razón. Es decir, la presente obra nos da a conocer que dicho principio se quebranta, pues no existe una situación igualitaria entre hombres y mujeres, en cuanto a la posesión de la razón. Sólo la posesión de ella determina la calidad de sujeto y, por extensión, de mayoría de edad y, gracias a la caracterización entregada por la narradora, se concluye que la mujer carece de dicho don en la sociedad que se encuentra.

Sin embargo, es interesante precisar que a través de la narradora, la cual representa doblemente la alteridad -y, a su vez, configura a la sociedad europea como los otros-, demuestra a lo largo de la obra, pero específicamente en las cartas analizadas, que ella es capaz de razonar. Esto se da a conocer al mismo tiempo que se está criticando el punto de vista que se posee de la mujer en dicha época, de tal manera que se instaura, implícitamente, la figura de la narradora y su perspectiva como la más idónea siguiendo los parámetros del pensamiento ilustrado. Lo importante es que todo esto se formula desde el género epistolar, el cual responde a una forma de perpetuar lo impuesto por el discurso patriarcal, en cuanto se le asigna el espacio de lo privado a la mujer²²; sin embargo, esto es lo interesante, ya que a través de una forma impuesta por el tono altisonante del *pater familias*, se busca quebrantar con él.

No hay que olvidar que el destinatario de la narradora es su amado y, debido a ello, al contarle lo que le sucede expresa sus sentimientos de amor, terror o angustia exacerbadamente. De esta manera, se va configurando desde la pasión, pero a su vez, sus escritos están llenos de reflexiones y críticas, como ya se ha mencionado; es decir, por medio de las cartas deja fluir su pasión y su razón y esto da cuenta de la integridad

²² La escritura de al lado como señala Leonidas Morales.

de la mujer, lo cual reivindicaría su lugar como ser humano en la racionalidad ilustrada. De esta manera, se reinstauraría el principio de la universalidad por medio de la voz de la narradora, pero esta vez dicho principio adquiere nuevas connotaciones o, mejor dicho, las connotaciones reales de su significación. Por lo tanto, se presenta una narradora pasional y a la vez racional, lo cual evidencia que por medio de mecanismos amorosos se da a conocer la capacidad de razonar de las mujeres: una cosa no excluye a la otra.

Es así como la voz de la narradora de la obra analizada, permite establecer que en las construcciones discursivas del siglo XVIII las voces femeninas construyen a la sujeto femenino, desde la "Ilustración olvidada". Dicha construcción va dando cuenta, a su vez, de la Ilustración como un proceso integral, en la medida que se habla ahora desde la inclusión discursiva. Es decir, que en el Siglo de las Luces existía un discurso autoritario desde las voces masculinas que configuraba una idealidad de la mujer, y a su vez, un discurso marginal desde las voces femeninas que transgreden y hablan con el discurso patriarcal de tal manera que se permite establecer a la Ilustración como un movimiento integral discursivamente.

Bibliografía

Teoría Literaria

Zavala, Iris. "Dialogía, voces, enunciados: Bajtin y su círculo". *Teorías literarias en la actualidad*. Graciela Reyes editora. Madrid: Ed. El arquero, 1989. 79-129.

Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI editores, 2003.

Ilustración

Kant, Emmanuel. "¿Qué es la Ilustración?". *Filosofía de la Historia*. México: F.C.E. 25-38.

Bello, Eduardo. *La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado*. Madrid: Ed. Akal, 1997.

Seoane, Julio. *La Ilustración olvidada*. México: F.C.E, 1999.

Thiebaut, Carlos. "Mirar el pasado, definir el presente". *La Ilustración olvidada*. Julio Seoane. México: F.C.E, 1999. 7-14.

Rousseau, Jean Jacques. *Emilio o de la Educación*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.

Hazard, Paul. *La crisis de la conciencia europea*. Madrid: Pegaso, 1952.

Mujeres en la Ilustración

Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo V. Del Renacimiento a la Edad Moderna: Los trabajos y los días. Madrid: Ed. Taurus, 1993.

Hufton, Olwen. "Mujeres, trabajo y familia". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo V. Del Renacimiento a la Edad Moderna: Los trabajos y los días. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 23-65.

Matthewsgrieco, Sara F. "El cuerpo, apariencia y sexualidad". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo V. Del Renacimiento a la Edad Moderna: Los trabajos y los días. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 67-109.

Sonnet, Martine. "La educación de una joven". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo V. Del Renacimiento a la Edad Moderna: Los trabajos y los días. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 129-165.

Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo VI. Del Renacimiento a la Edad Moderna: discursos y disidencias. Madrid: Ed. Taurus, 1993.

Crampe-Casnabet, Michèle. "Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo VI. Del Renacimiento a la Edad Moderna: discursos y disidencias. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 73-107.

Dulong, Claude. "De la conversación a la creación". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo VI. Del Renacimiento a la Edad Moderna: discursos y disidencias. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 163-189.

Castan, Nicole. "La criminal". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo VI. Del Renacimiento a la Edad Moderna: discursos y disidencias. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 225-239.

Farge, Arlette. "La amotinada". *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo VI. Del Renacimiento a la Edad Moderna: discursos y disidencias. Duby, Georges y Michelle Perrot, directores. Madrid: Ed. Taurus, 1993. 242-258.

Vovelle, Michel. *El hombre de la Ilustración*. Madrid: Ed. Alianza, 1995.

Godineau, Dominique. "La mujer". *El hombre de la Ilustración*. Michel Vovelle. Madrid: Ed. Alianza, 1995. 395-428.

Puleo, Alicia H. editora. *La ilustración olvidada: la polémica de los sexos en el siglo XVIII*. Barcelona: Ed. Anthropos, 1993.

Feminismo

Molina Petit, Cristina. *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos, 1994.

Amorós, Celia. *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Madrid: Cátedra, 1997.

Género Epistolar

Aragón, María Aurora. "La novela epistolar del siglo XVIII y el discurso literario: Mme. Riccoboni". *Género y sexo en el discurso artístico*. Caramés, José Luis y Santiago González editores. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1994. 39-74.

Morales, Leonidas. *La escritura de al lado: géneros referenciales*. Santiago: Cuarto propio, 2001. [En línea] en la página de la Universidad de Chile: <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/18/vida2b.html#2> [Consulta: Diciembre 2007].

Recepción de las letras peruanas

Núñez, Estuardo. *Las letras de Francia y el Perú: apuntaciones de literatura comparada*. [En línea] en página de la Biblioteca digital andina. Documento de Acrobat Reader: <http://www.comunidadandina.org/bda/docs/PE-CA-0008.pdf> [Consulta: Diciembre 2007].

Apéndice

Cartas de una peruana (Mme. de Grafigny)

1747²³ :

Carta XXIX

¡O mi amado Aza! No sin un verdadero sentimiento paso desde la admiración del talento de los Francéses al desprecio del uso que hacen de él. Complaciame de buena fé estimados á esta Nacion encantadora, pero no me puedo negar á la evidencia de sus defectos.

El tumulto en fin que ocasionaba el casamiento de Celina se ha apaciguado, y he podido hacer preguntas: se me ha respondido completamente: pues nada mas es aqui necesario, para ser instruida aun mas allá de lo que se pretende saber. Descubren, pues, los Franceses con increíble ligereza y buena fé, los secretos de la perversidad de sus costumbres: por poco que se les pregunte, no es necesaria mucha sagacidad, ni penetracion, para persuadirse á que el gusto desenfrenado por lo superfluo ha corrompido su razon, su corazon y su talento: que este ha establecido riquezas quiméricas, sobre las ruinas de lo necesario: que ha substituido una politica superficial á las buenas costumbres, y reemplazado el juicio y la razon, con un brillo falso del espíritu.

²³ La presente transcripción omite el carácter sigma (f), el cual se utiliza en correspondencia a la grafía <s> en la obra (ya sea en posición inicial e intermedia), sin la intención de modificar a la misma, si no que, por el contrario, para brindar una mayor facilidad en la lectura.

La vanidad dominante de los Francéses es la de parecer opulentos. El Ingenio, las Artes y tal vez las Ciencias, todo se dirige á fomentar el fausto; todo concurre á la ruina de las fortunas, y como si la fecundidad de sus talento no bastase para multiplicar los objetos; sé de ellos mismos que despreciando los bienes sólidos y agradables que la Francia produce abundantemente traen de todas las Provincias del Mundo, haciendo quantiosos gastos, todos los muebles fragiles, y sin uso, con que adornan sus casas, los trages brillantes con los que se visten, y hasta los manjares, y los licores con que cubren sus mesas.

Tal vez no hallaría, mi amado Aza, cosa que condenar en el exceso de estas superfluidades, si los Franceses tuvieran tesoros para satisfacer su antojo, ó bien sino empleasen para satisfacer su gusto mas que lo que les sobrase despues de haber establecido en sus casa una honesta comodidad.

Nuestras leyes, las mas sabias de quantas se han dado á los hombres, permiten ciertas Decoraciones en cada estado que caracterizan al nacimiento, ó las riquezas, y que en rigor se pudieran llamar, SUPERFLUO; pero el que me parece un delito es aquel superfluo que nace del desarreglo de la imaginación, el que no puede sostenerse, sin faltar á la humanidad, y á la justicia: en una palabra, aquel de que los Francéses son idólatras, y al qual sacrifican su descanso, y honor.

No hay entre ellos mas que una sola clase de Ciudadanos que puedan llevar el culto de este Idolo al mas alto grado de esplendor, sin faltar al deber de lo necesario. Los Grandes han querido imitarlos; pero estos no son otra cosa que los martyres de esta religion. ¡Que personas, que embarazos, que trabajos no pasan, para sostener sus gastos mas allá de lo que dan de sí sus rentas! Hay pocos Señores que no hagan uso de mas industria, sagacidad y superchería para distinguirse con frivólas suntuosidades; que prudencia, valor, y talentos útiles al Estado emplearon sus antepasados para ilustrar su propio nombre. Y no creas que te pondero mi engaño, mi querido Aza, yo misma oygo todos los dias con indignacion disputarse algunas personas jóvenes entre sí la gloria de haber inventado mas sutilezas, y ardides en sus maniobras, para sacar las superfluidades de que se adornan, de las manos y poder de aquellos que solo trabajan para adquirir lo necesario.

¡O que desprecio tan grande no me inspirarían semejantes hombres, acia toda la Nacion sino supiera por otra parte que mas comunmente pecan los Franceses por falta de tener ideas justas y verdaderas de las cosas, que por falta de rectitud! Su ligereza excluye casi siempre el raciocinio: entre ellos nada es grave; nada tiene peso, ni tal vez ninguno de ellos ha reflexionado acerca de las conseqüencias vergonzosas de su conducta. Pero es preciso parecer rico; es moda, es costumbre; todos la siguen: preséntase un inconveniente; se supera por medio de una injusticia: solo se cree que se triunfa de una dificultad, pero la ilusion llega aun mas adelante.

En la mayor parte de las casas habitan regularmente juntos lo superfluo, y la indigencia sin tener de por medio mas que quarto que los separa. Uno y otro se llevan por partes iguales las ocupaciones del día, pero de un modo bien diferente. Por la mañana en lo interior de una gavinete, se explica la voz de la pobreza por la boca de un hombre pagado para buscar medios de conciliarla con la falsa opulencia. El disgusto, y el mal

humor presiden en estas conversaciones, las cuales finalizan por lo comun con el sacrificio de lo necesario, que se ofrece en holocausto al Idolo de lo superfluo. Lo restante del día, despues de haber mudado de vestido, quarto, y casi de SER, deslumbrado con su propia magnificencia, se pasa con alegría, se cree ser feliz, y aun se llega al extremo de creerse rico.

Sin embargo he notado que algunos de los que hacen alarde de su fausto con mas afectacion, no se atreven siempre á creer que engañan á los demás. Entonces se chancean unos con otros acerca de su propia indigencia: insultan alegremente la memoria de sus antepasados, cuya prudente economía se contentaba con unos trages cómodos, adornos y muebles proporcionados á sus rentas mas que á su nacimiento.

Su familia, dicen, y sus domesticos, gozaban de una abundancia frugal y honrada: dotaba á sus hijas, y establecían sobre cimientos sólidos la fortuna del sucesor de su nombre, y reservaban además con que reparar el infortunio de un amigo ó un desgraciado.

¿Te lo diré, mi amado Aza? pues sabéte que á pesar del aspecto ridículo, baxo el qual se me han representado las costumbres de estos tiempos anteriores, me agradaban de tal manera, hallaba tanta semejanza con la sencillez y candor de las nuestras, que dexandome arrastrar ácia la ilusion; se estremecía mi corazon á cada circunstancia que oía, como si acabada la relacion me hubiera de hallar enmedio de nuestros amados Ciudadanos; pero apenas empecé á aplaudir estas costumbres tan prudentes, las carcajadas de risa que excité, disiparon mi error, y solo me hallé al rededor de mil Franceses ínsensatos de estos tiempos que se glorían del desarreglo de su imaginacion.

La misma depravacion que ha transformado los bienes sólidos de los Francéses en vagatelas inútiles, no ha hecho ménos superficiales los vinculos de la sociedad. Los mas juicioso de ellos, que gimen á vista de la corrupcion, me han asegurado que en otro tiempo asi como entre nosotros) la honradez estaba en el alma, y la humanidad en el corazon. Bien puede ser asi, pero al presente lo que se llama atencion ocupa el lugar que antes el sentimiento; y consiste en una infinidad de palabras sin significacion, respetos sin cariño, ni estimacion, y afectos que no se sienten.

En las casas grandes hay un criado definido para cumplir con las obligaciones de la sociedad: ésto es, que cada día anda de arriba para abaxo, para ir á decir á uno, que se está con cuidado acerca del estado de su salud; á otro que se siente mucho el disgusto ó pesar en que se halla; ó que se alegran de su felicidad o placer. A su regreso ni aun se escuchan las respuestas que trahe; todos se han convenido recíprocamente en contentarse con esta fórmula, pero sin interés algunos y á estas atenciones es á lo que llaman amistad.

Los cumplidos que se hacen personalmente, llegan hasta un extremo pueril: yo misma me avergonzaría de hacerte relacion de algunos, sino fuera preciso saber todo lo que pertenece a una Nacion tan singular. Sería faltar el respeto á sus superiores y aun á sus iguales, si despues de haber comido familiarmente con ellos, se quisiese satisfacer la sed mas ardiente, sin escusarse tantas veces, quantas se pide permiso. Tampoco se puede tocar con su vestido al de otra persona de consideracion, y sería faltarle el respeto mirarla con atencion; pero mucho peor si no se la mirase nada absolutamente. Sería

necesaria mas inteligencia y memoria que yo tengo para contarte todas las frivolidades que se dan y reciben, por pruebas de consideracion y respeto, que quieren decir casi estimacion.

En cuanto á la abundancia de las palabras, ya sabrás algun dia, mi amado Aza, que la exageracion tan pronto desmentida como pronunciada, es el fondo inagotable de la conversacion de los Francéses. Rara vez dexan de añadir un cumplido superfluo á otro que ya lo era, con designio de persuadir que ni uno, ni otro lo son. Protestan la sinceridad de las alabanzas que prodigan, con tan baxas lisonjas, y apoyan sus protestaciones de amor y amistad con tantas palabras y expresiones inútiles, que no se puede absolutamente reconocer en ellas el sentimiento del corazon.

¡O mi amado Aza! ¡quan insipidos deben parecér les mis pocos deseos de hablar, y la sencillez de mis expresiones! Ni aun creo que les merezcan estimacion alguna mis facultades intelectuales: para merecér en esta parte, es preciso haber dado pruebas de una grande sagacidad en aprovecharse de las diferentes significaciones de las palabras, y en dislocar su uso y sentido. Es preciso tener en exercicio la atencion de los oyentes con la sutiliza de los pensamientos, por lo comun impenetrable, ó bien de disimular la obscuridad baxo el velo de la abundancia de expresiones frivólas. Yo he leído en uno de sus mexores libros; QUE EL ESPÍRITU DEL GRAN MUNDO CONSISTE EN DECIR NADERÍAS AGRADABLES; Y A NO SOLTAR LA MENOR EXPRESION JUICIOSA; A NO SER QUE SE ADORNE CON LAS GRACIAS DEL DISCURSO: EN FIN A CUBRIR CON UN VELO LA RAZON, QUANDO HAY PRECISION DE PROFERIRLA.

¿Qué podré decirte que pueda probarte mejor, que el juicio y la razon que se respútan como lo mas necesario para el talento, se miran aqui con el mismo desprecio que todo aquello que es útil? En fin, mi amado Aza, puedes estar segúro de que lo superfluo domina con tanta soberanía en Francia; que el que no tiene mas que unas facultades medianas, es pobre: el que no es mas que virtuoso, es vulgar y desagradable; y el que no tiene mas que juicio, es un necio.

Carta XXXII

¡Oh quan dilatado es tu viage, mi amado Aza! ¡Quan ardientemente deseo tu llegada! El termino me parece aun mas vago de lo que yo habia pensado; y me guardo muy bien de hacer pregunta alguna sobre esta materia á Deterville. No puedo perdonarle la mala opinion que ha formado de tu corazon; y la que me ha hecho formar del suyo disminuye la compasion que me causaban sus penas, y el pesar que en cierto modo me ocasionaria estar separada de él.

Hace quince dias que estamos en Paris: habito con Celina en la casa de su marido, bastante separada de la de su hermano, para no estar obligada á verlo á todas horas. Freqüentemente viene á comer en nuestra compañía; pero pasamos una vida tan agitada asi Celina como yo, que no tenemos rato de vagar para hablarnos en particular.

Despues de nuestro regreso empleamos una parte del dia en el penoso trabajo de vestirnos, y lo demás en lo que se llama cumplir con los amigos. Estas dos ocupaciones me parecerian tan infructuosas, como fatigosas, si la última no me proporcionara los medios de instruirme mas particularmente de las costumbres del pais. Como quando llegué á Francia no tenia conocimiento alguno de la lengua, no juzgaba de las cosas mas

que por las apariencias: quando empecé á hacer algun uso, estaba en la Casa Religiosa, y tu sabes muy bien quan pocos auxilios hallaba en ella para mi instruccion. Por otra parte en el Campo no he visto mas que úna especie particular de sociedad; pero colocada al presente enmedio de lo que se llama el GRAN MUNDO, veo á la Nacion entera, y puedo examinarla sin obstaculos algunos que me lo impidan.

Los obsequios que rendimos se reducen á entrar en un dia en el mayor número de casa que es posible para dar y recibir un tribúto de alabanzas recíprocas acerca de la belleza del rostro, y del cuerpo: sobre la excelencia del gusto, y eleccion de trages y adornos, pero nunca sobre las qualidades del alma.

No he tardad mucho tiempo en descubrir, que la razon que obliga á tomarse tanto trabajo para adquirir este frívolo homenaje, es que es preciso recibirlo en persona, y sin embargo es muy momentaneo: luego que desaparece le sujeto en quien recaía, ya se piensa de otra manera. Los atractivos, y mérito que se hallaban en la persona que sale, no sirven mas que para hacer comparaciones odiosas, para establecer las perfecciones de las que entra.

La censura es el gusto dominante de los Francéses asi como la inconsequencia es el caracter de la Nacion. Sus libros critican las costumbres en general, y sus conversaciones las de cada particular, con tal que esté ausente; y entonces se dice con libertad todo lo malo que se piensa; y algunas veces lo que se imagína como cosa cierta. Las gentes mas de bien, siguen la costumbre, y solamente se les distingue en una cierta formula con que procuran apologizar su franqueza y amor á la verdad, por cuyo medio revelan sin escrupulo los defectos, las ridiculeces, y hasta los vicios de sus amigos.

Asi como la sinceridad de que usan los Francéses unos contra otros es sin excepcion; asi tambien es limitada su confianza recíproca. No se necesita mucha eloquencia para ser escuchado, ni mucha providad para ser creído. Todo se dice, y todo se recibe con la misma facilidad, y ligereza.

No creas por ello, mi amado Aza, que los Francéses son en general malvados por su naturaleza; y aun yo sería mas injusta que ellos si te dexase imbuido en este error. Son tan naturalmente sensibles, y amantes, en el fondo, de la virtud, que no he visto uno que no se enternezca al oír la relacion que continuamente se me obliga á hacer, de la rectitud de nuestros corazones, del candor de nuestros sentimientos, y de la sencillez en nuestras costumbres. Si vivieran en nuestro pais, se harían virtuosos: el exemplo y la costumbre tiranizan su conducta.

Tal hay que piensa bien de un ausente, y afea sus procederes por no captarse el desprecio de los que le escuchan. Otro sería bueno, humano; y sin orgullo, sino temiera hacerse ridículo; y tal hay que lo es por razon de estado, el qual sería un modélo de perfeccion, si se atreviera á tener abiertamente mérito real y verdadero. Ultimamente, mi amado Aza, entre la mayor parte de estos habitantes, asi los vicios como las virtudes son artificiales, y la frivolidad de su caracter no les permite ser mas que imperfectamente lo que son. Semejantes con corta diferencia, á ciertos juegos de su niñez, (imitacion informe de los seres que piensan) tienen peso en los ojos y ligereza en el tacto; una superficie de buen colorido, y un interior informe; un precio aparente, y ningun valor real y verdadero. Por esta causa no son estimados de las demás Naciones, sino de la manera que lo son

en la sociedad las vagatelas bonitas. El juicio y la prudencia se sonríen de sus donayres y agudezas, pero los ponen en el lugar que les corresponde.

Dichosa la Nación que solo tiene al autor de la naturaleza por guía; la verdad por principio; y la virtud por primer movil.

Carta XXXIII

No debe causar admiracion, mi amado Aza, que la veleidad sea una consecuencia del carácter de los Francéses; pero no ceso de admirarme de que con tantas ó mas luces que ninguna otra Nación, parece que no perciben las contradicciones chocantes que los Extranjeros notan en ellos desde la primera vista.

Entre el gran numero de las que me sorprenden á cada instante, no hay, á mi corto modo de entender, ninguna mas vergonzosa ni que mas desacredite su talento, que su modo de pensar relativo á las mugeres. Las miran con respeto mi amado Aza, y al mismo tiempo las desprecian con igual exceso.

La primera ley de su politica, ó si tu quieres de su virtud (por que hasta ahora, yo no les he descubierto otra) es respectiva á las mugeres. El hombre de mas alta gerarquia, debe tratar con respeto á la de la mas vil condicion; tanto que se cubriría de bochorno, y de lo que llaman ridiculéz, si le hiciese algun insulto personal: y sin embargo el hombre de ménos consideracion, el ménos estimado, puede engañar, hacer traicion á una muger de mérito, y manchar su reputacion con calumnias irreparables, sin temer deprecio ni castigo.

Si no hubiera certidumbre de que dentro de poco podrás experimentar por ti mismo y formar tus juicios ¿cómo me había de atreber á pintar una contrariedad, que apenas puede concebir la simplicidad de nuestros talentos? Docil nuestro ingenio á las nociones de la naturaleza, no se atreve á pasar de los límites que aquella le prescribe: nosotros hemos hallado en este aislado estudio, que la fuerza y el valor de un sexo, indicaba que debia ser el apoyo y defensa del otro: nuestras leyes van conformes con esta doctrina. Pero aqui, lexos de compadecerse los hombres de la debilidad de las mugeres se hallan angustiadas con el trabajo las plebeyas, sin que las consuelen ni las leyes ni los maridos; y las de la clase superior son el juguete de la seduccion, y de la maldad de los hombres, sin que puedan subsanarse estas perfidias mas que por las exterioridades de un respeto puramente imaginario, precursor siempre de la sátira mas atrevida y mordaz.

Bien conocí desde que entré en el mundo que la censura habitual de la Nación recaía principalmente sobre las mugeres, y que los hombres entre sí se desprecian con mucho tiento. Buscaba la causa entre sus buenas qualidades, quando un accidente casual me la descubrió entre sus defectos.

En todas las casas adónde hemos concurrido de dos dias á esta parte, se ha hecho conversacion acerca de la muerte de un joven, muerto á manos de uno de sus amigos, y todos aprobaban esta accion barbara, por sola la razon de que el muerto habia hablado mal del vivo. Esta nueva extravagancia, me pareció de un carácter bastante serio, para profundizar el origen. Informéme y supe, mi amado Aza, que un hombre está obligado á exponer su vida, para quitarsela á otro, si sabe que este ha hablado de él haciendole poco favor; ó á desterrarse de la sociedad, si se niega á tomar una venganza tan cruel.

No fué necesario mas para abrir los ojos acerca de lo que queria inquirir. Es evidente que los hombres naturalmente cobardes, sin pudor, y sin remordimientos, no temen mas que los castigos corporales; y que si las mugeres estuvieran autorizadas para castigar los ultrages que se las hacen, de la misma manera que ellos están obligados á vengarse del mas ligero insulto; alguno que se vé recibido y acogido en la sociedad, ya no existiría; ó retirado en un desierto, ocultaría su deshonor y mala fé. La imprudencia y el atrevimiento dominan, enteramente á los jóvenes, con particularidad quando no aventuran nada. El motivo de su conducta respecto de las mugeres, no necesita otras informaciones, pero aun no descubro el fundamento del desprecio interior que noto en todos los espíritus ácia ellas. Yo me esforzaré en descubrirlo, á lo qual me impele mi propio interés. ¡Oh mi amado Aza! ¡Quanto sería mi dolor si á tu arribo te hablasen de mí como yo oygo hablar de las otras!

Carta XXXIV

Me ha sido necesario mucho tiempo, querido Aza mio, para profundizar y descubrir la causa del desprecio con que generalmente se trata aqui á las mugeres. Ultimamente me parece haber dado con ella en la poca la poca conexion que hay entre lo que son, y lo que se cree que debieran ser. Querriase, como en todas partes, que tuvieran mérito, y fueran virtuosas, pero sería preciso que la naturaleza las hiciera asi; porque la educacion que se las dá es tan opuesta al fin que se proponen, que ella solo me parece ser la obra maestra de la inconseqüencia Francésa.

Es cosa sabida en el Perú, mi amado Aza, que para preparar á los humanos á la práctica de las virtudes, es preciso inspirarles desde la infancia un valor y una cierta firmeza de alma que les forma un caracter decidido; todo ello se ignora en Francia. Los niños en su primera edad no parece que estan destinados sino á las diversiones de los Padres, y de los que los gobiernan. Parece que se quiere sacar una vergonzosa ventaja de su incapacidad en descubrir la verdad; y se les engaña acerca de lo que no ven: se les inspiran ideas falsas de lo que se presenta á sus sentidos, y se ríe inhumanamente de sus errores: aumentan su sensibilidad, y debilidad natural, por una compasion pueril que se demuestra por los accidentes mas frivólos: en una palabra se olvida absolutamente que ha de ser hombres.

Yo no sé quales son las conseqüencias de la educacion que un Padre dá á sus hijos, ni aun he podido informarme; pero sé que en el momento que las hijas empiezan á ser capaces de recibir instrucciones son encerradas en una Casa Religiosa, para que aprendan á vivir en el Mundo: que se confia la ilustracion de su espíritu á unas personas de ninguna instruccion; y que son incapáces de formarlas un corazon que no conocen.

Los principios de la Religion que son la cosa mas a proposito para servir de germen á todas las virtudes, se aprenden superficialmente y de memoria. Los respetos relativos á la Divinidad no son inspirados mas metódicamente; y es un dolor ver que todo quanto en este punto se las enseña se reduce á ceremonias de un culto exterior, y exigidas con tanta severidad, y prácticadas con tanto disgusto, que esto es lo primero de que se olvidan quando entran en el mundo; y si aun se conserva algun uso, á vista del modo de cumplir con este deber, se creería que todo ello no era mas que una especie de política que se tributa por costumbre á la divinidad.

Por otra parte nada puede reemplazar los fundamentos de una educacion mal dirigida. En Francia no se hace caso de inspirar á las niñas aquella especie de respeto á sí mismas, que tanto se cuida en nuestro pais de infundir en el corazon de nuestras Vírgenes. Este sentimiento generoso, que nos hace el Juez mas severo de nuestras acciones, y nuestros pensamientos; que viene á ser un principio seguro quando es bien sentido, no sirve aqui de recurso alguno para las mugeres. Segun lo poco que se cuida de su alma, parece que los Francéses viven en el error de algunos Pueblos bárbaros, que niegan que la tienen.

Arreglar los movimientos del cuerpo; colocar los del semblante; componer el exterior, son los puntos esenciales de la educacion. Fundados los Padres en las aptitudes mas ó ménos modestas de sus hijas, se glorían mas ó ménos de haberlas educado bien. Las encargan que se llenen de confusion por una falta cometida contra el buen parecer: no les dicen que el ademán honesto, no es otra cosa que hyprocresía, sino es efecto de la honestidad del alma. Incesantemente se excita en ellas aquel despreciable amor propio, que solo produce efectos en los atractivos exteriores: no dándoles á conocer aquel que forma el verdadero mérito, y que solo se satisface con la estimacion. La sola idea que se las da el honor se limita á no tener amantes; presentandoles sin cesar la certidumbre de agradar, por recompensa de la violencia y fatiga que se las impone: y el tiempo mas precioso para formar el espíritu, se emplea en adquirir nociones y talentos imperfectos, de que se hace poco uso en la juventud, y que en edad mas avanzada se miran como ridículos.

Pero aun no es esto todo, mi amado Aza, la inconstancia de los Francéses no tiene límites. Con tales principios esperan de sus mugeres la práctica de las virtudes, que ni aun las dan á conocer; y ni aun una idea justa de los terminos, ó palabras que las expresan. Yo adquiero diariamente sobre esto mas noticias y luces de las que necesito, en las conversaciones que tengo con algunas jóvenes cuya ignorancia no me causa ménos admiracion que todo quanto he visto hasta ahora.

Si les hablo de sentimientos, dicen que no los tienen, porque no conocen mas que el del amor. Por la palabra BONDAD, solo entienden la compasion natural que se experimenta á vista de un ser que sufre; y aun he notado que son mas tiernas con respecto á los animales que los humanos; pero aquella tierna bondad, reflexionada, que impele á hacer el bien con nobleza y discernimiento; que conduce á la indulgencia y humanidad, las es totalmente desconocidas. Creen haber cumplido con toda la extension de los deberes que exige la discrecion, sin mas que no descubrir sino á algunas amigas, los frívolos secretos, que ha sabido por descubrimiento propio, ó que las han confiado; pero no tienen idea alguna de aquella discrecion circunspecta, delicada y necesaria, para no ser gravosas, para no dañar á persona alguna, y para mantener la paz en la sociedad.

Si emprendo explicarles lo que entiendo por moderacion, sin la qual aun las mismas virtudes son casi vicios: si hablo de la honestidad de las costumbres; de la equidad que se debe usar con relacion á los inferiores, tan poco practicada en Francia, y de la firmeza en despreciar, y huir de los hombres viciosos por esclarecida que sea su gerarquia, noto en su embarazo, que sospechan que hablo en lengua Peruana, y solo por atencion se ven precisadas á fingir que me entienden.

No estan mejor instruidas en el conocimiento del mundo, de los hombres, y de la sociedad: ignoran hasta el uso de su lengua natural; y muy rara vez hablan correctamente, de manera que noto con la mayor sorpresa que al presente estoy en esta parte mas adelantada que ellas.

En el caos de esta ignorancia se suelen casar las niñas apenas salidas de la infancia. Desde entonces, y á vista del poco interés que sus Padres demuestran por su conducta, no parece sino que no les pertenecen como hijas, y la mayor parte de los maridos hace otro tanto. Aun podrían sin duda repararse los primeros defectos de la educacion; pero ninguno se toma el trabajo.

Una muger jóven tiene libertad para recibir en su habitacion y sin temor alguno todas las gentes que quiere. Sus ocupaciones son ordinariamente pueriles; siempre inútiles, y tal vez peores que la ociosidad misma. Poco mas ó ménos todos entretienen su espíritu con frivolidades malignas, ó insipidas mas propias á hacerla despreciable que la misma estupidez. Sin que su marido tenga en ella confianza, no procura tampoco instruirla y aplicarla al cuidado de sus negocios, de su familia y de su casa. Ella no es parte de este pequeño universo sino por representacion: esto es, que no es otra cosa que una figura de adorno para divertir á los curiosos; de suerte que por poco que el genio imperioso se agregue al gusto de la disipacion, cae en todos los absurdos; pasa con rapidéz desde la independenciam á la licenciosidad; y á poco tiempo se concilia el desprecio y la indignacion de los hombres, á pesar de su inclinacion é interés en tolerar los vicios de la juventud en favor de sus atractivos.

Aunque te digo la verdad con toda la sincéridad de mi corazon, ó mi amado Aza, guardate bien de persuadirte que no hay aqui mugeres de mérito. Las hay pues bastantemente dichosas por su nacimiento, para proporcionarse á sí mismas lo que la educacion las ha negado. La inclinacion al cumplimiento de sus obligaciones, la decencia de sus costumbres, y los honestos atractivos de su espíritu, las concilian la estimacion de todo el mundo; pero el número de éstas es tan limitado, en comparacion de la multitud de las otras, que son conocidas y veneradas por sus propios nombres. No creas tampoco que el desarreglo de conducta de las otras nazca de su perverso natural; antes me parece hablando generalmente que las mugeres nacen aqui mas comunmente que entre nosotros, con todas las disposiciones necesarias para igualar á los hombres en mérito, y en virtudes: pero como si hubieran hecho una convencion en el fondo de su corazon, y que su orgullo no pudiese sufrir semejante igualdad, ellos mismos contribuyen con todo quanto pende de su arbitrio, á hacerlas despreciables, ya por la falta de respeto y estimacion con relacion á las propias, ya procurando seducir á las ajenas.

Quando llegues á saber que aqui la autoridad está enteramente en manos de los hombres, no dudarás en manera alguna, mi querido Aza, que ellos deben ser responsables de todos los desordenes de la sociedad. Aquellos que por una poltrona indiferencia, dexan á sus mugeres seguir el gusto que las pierde, aunque no son los mas culpados, no son los ménos dignos de desprecio; pero no son comparables con aquellos, que con el exemplo de una conducta viciosa é indecente, arrastran á sus mugeres al desarreglo, ó por despecho, ó por venganza.

Con efecto, mi amado Aza, ¿cómo es posible que no se alteren á vista de la injusticia

de las leyes que toleran la impunidad de los hombres, establecida con tanto exceso como su autoridad? Un marido, puede sin temor de ser castigado tratar á su muger con los mas chocantes modales; puede disipar en prodigalidades tan criminales como excesivas, no solamente su hacienda, y la de sus hijos, sino tambien la de la víctima que obliga á gemir en la indigencia, por una avaricia en quanto á los gastos honestos, que en este pais suele andar muy únida con la prodigalidad. Tiene autoridad para castigar rigurosamente las apariencias de una ligera infidelidad, entregandose al mismo tiempo sin rubor á todas aquellas que un desenfrenado libertinage le sugiere. Ultimamente, mi amado Aza, parece que en Francia no son recíprocos los vinculos del matrimonio, sino en el momento de su celebracion; y que en lo sucesivo, las mugeres solas son las que deben estar sugetas.

Yo pienso y creo que sería hacerlas mucho favor, el creerlas capaces de de conservar amor á sus maridos, á pesar de la indiferencia y disgustos con que la mayor parte de ellas se hallan oprimidas. ¿Pero quien puede sufrir el verse despreciada?

El primer sentimiento que la naturaleza nos inspira es el placer de SER, y nosotros lo conocemos mas vivamente por grados al paso que percibimos el caso que se hace de nosotros.

La felicidad maquinal de la primera edad se reduce á ser amados de nuestros padres, y agasajados de los estraños; pero la del resto de la vida es el conocer la importancia de nuestro SER, cuya proporcion es necesaria á la felicidad de otro. Tu, mi amado Aza; tu amor estremado; la franqueza de nuestros corazones, la sinceridad de nuestros sentimientos, son quienes me han patentizado los secretos de la naturaleza y los del amor. La amistad, este prudente y dulce vinculo, debería tal vez satisfacer todos nuestros votos y deseos; pero ella divide sin delito y sin escrupulo todo su cariño entre muchos objetos.

El amor que da y exige una preferencia exclusiva, nos presenta una idea tan alta, y tan satisfactoria de nuestro SER, que ella sola puede contentar la codiciosa ambicion de la primacia, que nace con nosotros; que se manifiesta en todas las edades, en todos los tiempos y en todos los estados; y el gusto natural á la propiedad acaba de determinar nuestra inclinacion al amor.

Si la posesion de un mueble, de un dixe, ó una tierra es uno de los sentimientos mas agradables que experimentamos ¿quál debe ser el que nos asegura la posesion de un corazon, de una alma, de un SER libre, independiente, y que se da voluntariamente en cambio del placer de tener en nosotros la posesion de las mismas ventajas?

Si es cierto, mi amado Aza, que el deseo dominante de nuestros corazones es de el ser honrados en general, y amados de alguno en particular ¿cómo podrás concebir porque especie de inconseqüencia pueden los Francéses esperar que una Señorita, ofendida de una insultante indiferencia de parte de su marido, no procure substraerse á aquella especie de anonadamiento que la presentan baxo de todas formas? ¿Imaginas tu que sea posible ordenarles, que cuenten por nada este tratamiento en una edad en que se pretende aun mas de lo que se merece? ¿Podrás comprehender con que fundamento se exige de ellas que practiquen las virtudes, de que los hombres se dispensan á sí mismos, negandoles las luces y principios necesarios para practicarlas?

Pero lo que aun se concibe con mas dificultad es, que los Padres y maridos se

lamentan recíprocamente del desprecio con que miran á sus mugeres y á sus hijas, al mismo tiempo que perpetúan la causa, transmitiéndola de raza en raza con la ignorancia, la incapacidad y la mala educacion.

¡O mi amado Aza! ¡Plegue al Cielo que los brillantes vicios de una Nacion, por otra parte tan seductora, no nos disgusten de la cándida simplicidad de nuestras costumbres! No olvidemos jamás, tu la obligacion en que estás de darme buen exemplo, de ser mi guia y apoyo en el camino de la virtud; y yo la en que estoy de conservar tu estimacion, y tu amor, imitando á mi modelo.